JEAN LOMBARD COEURDEROY

LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA MODERNA

TOMO II

[illegible]
[illegible]

FUERZA NUEVA
MADRID
1980

DEDICATORIA

A mi esposa y mejor colaboradora dedico esta obra.

En memoria del Sr. JEAN LOMBARD COEURDEROY, uno de los hombres geniales que ha dado el siglo XX. Dedicó su vida y su talento a desenmascarar la conspiración judía que acecha a la humanidad. Su ejemplo nos sirva de aliento en ésta cruzada.

Nuestro reconocimiento a la Sra. Lombard por su abnegación y fidelidad.

DILIFOLLAC.

INDICE DEL PRESENTE TOMO (II)

TOMO SEGUNDO

TERCERA PARTE

LA ALTA BANCA DOMINA AL MUNDO

CUARTA PARTE

DEL CAPITALISMO DE ESTADO AL COMUNISMO TOTALITARIO

INDICE DEL TOMO III

QUINTA PARTE

OCCIDENTE, ¿CUAL ES TU DESTINO?

SEXTA PARTE

DECADENCIA DE OCCIDENTE

orquestada por Pierre-Bloch.—El proyecto Blum, contra la asimilación preconizada por Violette.—No hay autonomía de las comunidades posible en una democracia parlamentaria.—La ciudadanía, concedida a los judíos y negada a los kabilas.—El Congreso musulmán, dividido, comprometido por sus adiciones judías, desmantelado. Fidelidad a Francia vencida y al Mariscal.—Balance de la colonización: impresionante progreso material.—Orientación de los espíritus inexistente: perdida la carta bereber, por sectarismo masónico, ceguera de los arabizantes y falso cálculo del Judaísmo: «¡seis millones de orientales!».—El desembarco «aliado», fatal para el prestigio de Francia.—En adelante, las reivindicaciones que apuntan a la independencia... ¿por la vía legal?—El armisticio, ensangrentado por unas atrocidades.—Vanos estatutos, vanas palabras. Falsa democracia y fraude.—... La rebelión se organiza.—En Túnez, Burguiba, protegido por los alemanes y luego por los norteamericanos.—Mendès-France prepara la liquidación del protectorado.—En Rabat, Mohamed V juega la carta norteamericana y cubre al Istiqlal.—El Glaoui y sus berberiscos se imponen.—Gobiernos efímeros y residentes lamentables preparan el regreso de Mohamed V y la independencia.—... La lenidad de la represión estimula la rebelión argelina.—Fracaso de Guy Mollet y de Catroux.—La aventura de Suez desguarnece la defensa; congreso del Soummam.—Guerrilla urbana: poderes especiales.—Cierre de las fronteras; reestructuración administrativa.—Reacción militar y cívica.—Intrigas para el retorno de De Gaulle.—Incidentes fronterizos: peligro de internacionalización del conflicto.—¿Unión nacional o «putsch»?—Ganado por mano. De Gaulle se ofrece como cinciliador.—Argelia, sacrificada al apoyo socialista.—Instalado en el Elíseo, De Gaulle entra en tratos con el F. I. N.—De Gaulle dispersa a los militares del 13 de mayo.—Frena los éxitos de Challe y extorca en la Metrópoli los créditos del «plan de Constantina».—La autodeterminación, acogida con las «barricadas».—De Gaulle desalienta la rendición de los «fellagha».—Provoca el enfrentamiento de las comunidades.—Desbarata el «putsch» de los generales y la resistencia civil.—Para negociar con las condiciones del F. I. N.—Y entregarle Argelia después de haber doblegado a la O. A. S.—Exodo de los europeos; un régimen «titista» árabe.—...¿Había liberado Lincoln a los negros para expulsarles, o para mantenerles marginados?—En 1918 invaden el Norte y reclaman la autodeterminación en el Sur.—El Congreso panafricano de 1945: Du Bois, N'Krumah, Ghana, piloto de la independencia.—Promotor de la «Unión Francesa» de Pierre-Bloch, De Gaulle fracasa en su proyecto de Comunidad.—Las Conferencias de Acra precipitan el movimiento de independencia.—... El Africa francesa se desintegra y derrocha sus escasos recursos.—Modelo de colonización, el Congo se sume en la anarquía.—Los trusts norteamericanos derrocan a Tshombe.—El coronel Mobutu restablece el orden y la unidad.—... Fracaso de la Federación de Africa oriental.—Represión de los Mau Mau de Kenya. Dictadura venófoba en Uganda. Tanganika, bajo control chino.—Guerra de exterminio racial en Nigeria.—Estallido de la Federación austral; Rodesia del Sur, bastión blanco.—... Portugal defiende, sin espíritu racista, sus provincias de Africa.—... La Unión Sudafricana organiza la «evolución separada» de sus negros.—... Las dictaduras militares contra los neoimperialismos; rivalidad ruso-china; penetración yanqui e israelí.—... Soplando el fuego, los progresistas norteamericanos, prenden el incendio en su casa.—Los negros reclaman la igualdad; cuando les es concedida... encuadrados por los negros-blancos de las Antillas, agentes de la cruzada antiblanca... reclaman por la violencia el «Black Power»... o bien el «apartheid».

III PARTE

LA ALTA BANCA DOMINA AL MUNDO

CAPITULO XX

¿SANTA ALIANZA, O INTERNACIONAL DE LA FINANZA?

Una paz inglesa y masónica

Para reconstruir Europa, los diplomáticos se reúnen en Viena, entre el 1 de octubre de 1814 y el 9 de junio de 1815. Mientras el Congreso se divierte en los salones de Fanny Itzig, hija del banquero de Berlín, Daniel, y esposa del inmensamente rico «barón» Nathan Arnstein, Rothschild, a través de terceras personas, dirige el baile.

Gran señor, gran actor, y sobre todo de espíritu gracioso —lo que le valió la simpatía de Sacha Guitry—, Talleyrand, restablecido como ministro de Asuntos Exteriores el 13 de mayo, después de su entrevista con Luis XVIII en Compiègne el 29 de abril, reluce con esplendor en estas asambleas internacionales en las que, renunciando a los métodos de la diplomacia bilateral, se confía a un círculo reducido de hombres de Estado la tarea de resolver los problemas del mundo. De golpe, a pesar de su derrota, devuelve a Francia su categoría. Conforme con el pacto de Chaumont, que preveía consultaciones entre los Cuatro, un protocolo preliminar del 28 de septiembre les reservaba la decisión sobre cuestiones territoriales. Llegado el día siguiente, Talleyrand, después de observar: «¡Si quedan todavía potencias aliadas, yo estoy de sobra aquí!», fue admitido en las discusiones, con todos los derechos.

Había añadido, por otra parte: «Quizá soy el único que no pide nada», lo que era la pura verdad. Porque tenía mucha prisa para tratar. ¿Acaso quería poner a Luis XVIII delante del hecho consumado cuando aceptó, con la convención del 23 de abril, volver a las fronteras de 1792? ¿Por qué atarse las manos con tanta prisa y renunciar con tanta ligereza a las fronteras de Lunéville, a Niza, a Savoya, a la orilla izquierda del Rin? ¿Por qué concluir la paz en París, el 30 de mayo, según las condiciones de los Aliados (las fronteras de 1792, simbólicamente rectificadas con la anexión de Avignon y de su condado [Venaissin], de Chambéry, de Annecy, de Sarrebrück, Landau, Philippeville, Marienbourg y de unos municipios en Bélgica), en vez de englobar el futuro de Francia en el arreglo general, que iba a ser discutido

en Viena entre unos coaligados ya divididos entre sí? ¿Para acelerar la retirada de las tropas de ocupación y el retorno de los 100.000 hombres todavía encerrados en las 53 plazas que seguían resistiendo en Europa? El caso es que las tropas aliadas evacuaron el 3 de junio París, cuyos vecinos las habían acogido, ¿manifestando quizá demasiado entusiasmo para el restablecimiento de la paz? ¿O más bien para que sea irrevocable la renuncia a la orilla izquierda del Rin, ya acordada por algún proyecto prefabricado? De toda forma, Luis XVIII se encontró frustrado de las rectificaciones que deseaba: Deux-Ponts (Zweibrucken), Spire y Worms, Luxembourg, Namur y el río Sambre, Mons y el río Escaut, Tournai, Ypres y el canal de Furnes.

Sin embargo, no estaban mal pensadas las instrucciones del 10 de septiembre que Talleyrand había redactado antes de marchar a Viena, con Dalberg, Alexis de Noailles y el marqués de la Tour du Pin: en Italia, devolver Nápoles al rey Ferdinando IV y conservar sus estados al rey de Cerdeña, para evitar el predominio de Austria en la Península; en Alemania, negar Sajonia y Maguncia a Prusia para que no pueda hacerse con la supremacía en Europa central, y finalmente, no consentir a la absorción de Polonia por Rusia. Para contener las ambiciones glotonas de Prusia y Rusia, Talleyrand no encontró dificultad alguna para asociar Francia al acuerdo secreto por el cual, el 3 de enero de 1815, Inglaterra y Austria convinieron alinear, en caso de necesidad, 150.000 hombres cada una. Lo que parecía un gran éxito: nada menos que la ruptura de la coalición. Pero ¿por qué no hizo pagar el concurso de Francia, en vez de seguir dócilmente las huellas de Inglaterra? De abandonar en los puertos del Norte 31 buques, de un total de 103, y 12 fragatas, de un total de 55, que componían la flota reconstituida por Napoleón. Y de tolerar que Inglaterra «vuelva a la política de Mr. Pitt», al dirigir lord Castlereagh el 1 de octubre a lord Liverpool instrucciones con vistas a «poner Prusia en contacto con Francia en la orilla izquierda del Rin». De manera que si se regalaba Bélgica a Holanda, para compensar la pérdida de su colonia del Cabo, concedida a Londres, si se ponía el gran ducado de Luxemburgo en manos de Guillermo de Orange, y Maguncia en las del gran duque de Hesse (los dos protegidos por los ingleses), si Hanover se engrandecía y si Baviera recibía el Palatinado, Prusia se engordaba con la parte del león: las tres cuartas partes de la orilla del Rin, católica (Aquisgrán, Colonia, Bonn, Coblenz, Treveris, Sarrebrück), la mitad de Sajonia (con Torgau), Pomerania (siendo indemnizada Suecia con la anexión de Noruega), buena parte de Polonia, Posnania con Posen, Bramberg y Thorn. El resto de la católica Polonia, despedazada, sometida, sea a la dominación rusa (entre el Niemen y la Vístula), sea a la austríaca (Galicia), aunque Austria recuperaba en Italia la Lombardía y Venecia. Tampoco Inglaterra se había olvidado en el reparto: con el protectorado sobre las islas Jonianas, Corfu, para asentar mejor, con Malta, sus posiciones en el Mediterráneo, mientras que, olvidándose en este punto la vuelta al «statu quo» de 1792, se apoderaba de las islas Seychelles, de Tabago, Santa Lucía, y de la isla de Francia. Después de refrendar todos estos trueques de poblaciones, Inglaterra podía descargar su conciencia puritana, proponiendo la adopción de una resolución humanitaria, condenando la trata de negros.

Presumiendo de defensor de la «legitimidad», el representante de Francia sólo había negociado con timidez el restablecimiento de Ferdinand IV en

Nápoles (de quien había recibido 3.700.000 francos, y sólo 840.000 de Murat, vencido en Tolentino el 3 de mayo y destituido el 20), y el mantenimiento al frente de una Sajonia reducida, de Federico-Augusto (quien le había regalado seis millones). Cuando hubiera sido más ventajoso para Francia compensar a este soberano, católico y buen vecino, su reino por la orilla izquierda del Rin —como la misma Prusia lo había propuesto— o bien formar en Renania un Estado-tapón, neutral, solución en la que nadie pensó. Si los chistes del ex-obispo de Autun (que tenía como breviario los 21 volúmenes de «L'Improvisateur français») adornan todas las historias diplomáticas, no pueden hacernos olvidar que en Viena el príncipe de Bénévent sacrificó los intereses de Francia por una paz inglesa y masónica, llena de injusticias, con el correspondiente riesgo de latentes revueltas nacionales.

Un rey liberal, comprometido por torpezas ajenas

Pero el asunto salió peor todavía. Delante del areópago vienés, estalló la bomba del retorno de Napoleón de la isla de Elba, y la posición de Francia se encontró muy comprometida. Después de desembarcar en el golfo Juan el 1 de marzo de 1815, el ex-emperador ganó a su fortuna, delante de Grenoble y de Lyon, las tropas mandadas para combatirle y entró en París el 20 de marzo. Al lanzarse en esta empresa, ¿cuáles habían sido sus razones? ¿Aprovecharse de las divergencias entre los Aliados para provocar la revisión del tratado de París? Pero al contrario, se apresuraron a ratificarlo. ¿Adelantarse a las intrigas de Fouché, en favor del futuro Luis-Felipe («No he destituido a Luis XVIII, sino a Orléans», dirá él más tarde en Santa Helena), y probar una vez más su suerte, aprovechándose del descontento de los franceses? Apartado de su esposa, de su hijo, sin recursos (no se le pagaba la pensión prometida), temiendo ser transferido en un lugar más lejano (como lo pedían Talleyrand y Fouché), o quizá asesinado (en un atentado que Bruslart preparaba en Córcega), se aprovechó de la ausencia —muy oportuna y prolongada— de Campbell, encargado de custodiarle, en Liorna desde el 16 de febrero, para atracar en la costa francesa (el 26 de febrero), presentándose como el hombre del Destino. El 12 de febrero un emisario de Maret, Fleury de Chaboulon, le había informado del desafecto de la población y del rencor del Ejército hacia el gobierno real. Con los invasores, los productos británicos habían inundado el país, provocando quiebras y paros; sufriendo por causa de la ocupación, la gente, en el campo como en las ciudades, lamentaba la ausencia del emperador. En cuanto al Ejército, no perdonaba a los Borbones las medidas de desmovilización, con la consiguiente media paga de 30.000 oficiales (de los cuales 25.000 vivían en París), el nombramiento de 61 generales de división, de 150 brigadiers y de más de 2.000 oficiales procedentes de la emigración, y tampoco la desgracia de la Guardia, alejada de Fontainebleau y mandada a Metz y Nancy, cerca de la frontera, para reconstituir una «Casa del Rey», compuesta por 10.000 privilegiados, cuyo mantenimiento costaba 25 millones al erario público.

El gabinete, presidido por Blacas, secundado por los monárquicos Montesquiou y Dambray, el barón Louis en Hacienda, de Malouet en Marina, el general Dupont (el vencido de Bailén) en Guerra, Jaucourt en Asuntos Exteriores y Beugnot en Seguridad, había cometido graves errores. No obs-

tante la Carta promulgada por Luis XVIII el 4 de junio de 1814, había proclamado la igualdad de los franceses delante de la Ley y el principio de la libertad de prensa, garantizado al Cuerpo legislativo (elegido con un censo de 300 francos para los electores y de 1.000 para los representantes) el derecho de consentir los impuestos y de votar las leyes, manteniendo 91 de los ex-senadores de un total de 154 miembros, vitalicios o hereditarios, integrados en la nueva Cámara de los Páres, reconocido al catolicismo como religión del Estado, al mismo tiempo que reservaba al Rey el derecho de paz y de guerra, la iniciativa de las leyes y el poder de promulgar ordenanzas para la seguridad del Estado (art. 14).

Con su regreso, Napoleón sólo aporta la división

Retornado el emperador no podía manifestarse menos liberal. Mientras que al exterior, puesto en «cuarentena», se reconstituía contra él la coalición (25 de marzo), en el interior, lejos de reformar la unidad nacional en torno suyo no podía sino dividir a los franceses, a los que llevaba otra vez a la guerra, que su vuelta hacía inevitable. Se había notado en Lyon, donde fue acogido con manifestaciones populares de tono jacobino que recibió pálido. Y fue peor en París, donde Fouché y los ex-miembros de la Convención, los proveedores enriquecidos, empezaron imponiéndose a él. El duque de Otrante, después de escapar de la policía real en circunstancias romanescas, recobró por cuarta vez su cartera de jefe de la Policía. Y mientras un plebiscito, en el cual las dos terceras partes de los electores se abstuvieron, no brinda a Napoleón más de 1.532.450 votos (el 1 de junio de 1815), en vez de tres millones y medio cuando se proclamó cónsul, mientras la Vendea amenaza con sublevarse (15 de mayo), que Marseille se prepara a expulsar a su guarnición (25 de junio), y el Acta adicional a las Constituciones del Imperio (22 de abril), siguiendo los avisos de Benjamín Constant y de Sismondi, trata de establecer un régimen liberal llamando al voto a 100.000 en vez de 15.000 conciudadanos, realiza por primera vez una representación de los intereses económicos, y garantiza a los ex-senadores escaños de pares hereditarios, Fouché se dedica a manejar las elecciones de tal modo que en caso de derrota sea el verdadero dueño del futuro régimen.

Así penetra, el 3 de junio de 1815, en la Cámara una mezcolanza de 620 diputados, que eligen al oponente Lanjuinais como presidente, entre los cuales unos ex-miembros de la Convención (Cambon, Barère, Carnot, Le Pelletier, Merlin, Garat, Garnier), unos «constitucionalistas», al estilo de Lanjuinais y de Dupont de l'Eure, un espectro como La Fayette, unos financieros (Perrégaux, Hottinguer, Rey, Laffitte), que manejan en seguida el periodista Antoine Jay y el abogado de Aix, Manuel, colaboradores íntimos, portavoces y luego «potros» de Fouché. Para minar la influencia de este «maitre Jacques» de la política, de este incorregible conspirador, que, desde el 1 de mayo, «trabaja» la opinión a través de su periódico personal, «l'Indépendant», el emperador necesitaría una victoria.

La coalición se rehace contra él

Pero ésta parece más que problemática. El ejército de 300.000 hombres, reagrupado con rapidez por Davout, ha tenido que dispersar buena parte de

sus efectivos para guardar las fronteras (14.000 en los Pirineos; 23.000 en los Alpes; 23.000 en Alsacia, y 30.000 en Vendea), de manera que en Bélgica no alinea más de 124.000 (y 350 piezas de artillería), frente a los 120.000 (y 300 piezas) de Blücher y a los 100.000 (y 300 piezas también) de Wellington, cuando una gran masa de 500.000 coaligados amenaza con cruzar el Rin. Lo que quiere decir que, en el mismo caso de un éxito inicial, el emperador se encontraría otra vez puesto en su posición de cuando la campaña de Francia. Igual a sí mismo y tan acertado en sus maniobras, Napoleón, al ocupar Charleroi y cruzar la Sambre por sorpresa (el 15 de junio), rompe la charneta entre ingleses y prusianos y, el día siguiente, inflige en Lygny una severa derrota a Blücher, en la que estuvo a punto de perecer, aplastado por su caballo. Pero su estrella palidece y su espada tiembla en sus manos, mal secundado como lo es por su improvisado jefe de Estado Mayor, Soult, que redacta unas órdenes indecisas, cuya transmisión no vigila, como Ney, encargado de adelantarse a los ingleses en la encrucijada de los Cuatro Brazos y de cortarles el camino con 43.000 hombres, que vacila y les deja establecerse con 67.000 hombres en las fuertes posiciones del Monte Saint-Jean, por delante de Waterloo. Luego, como furioso, poniéndose al frente de 74.000 hombres frenéticos, Ney ataca sin apoyo de artillería los bastiones de vanguardia, lanza las oleadas de su infantería al asalto de las líneas inglesas sin proteger sus flancos y la masa de su caballería contra una tercera posición casi intacta. Después del grave error de entablar la lucha sólo por la tarde, Napoleón perdió prácticamente la dirección de la batalla (18 de junio). Mientras tanto, Grouchy, ejecutando ciegamente sus órdenes, se ha apartado con sus 33.000 hombres para cortar a los ingleses el camino de Bruselas, cuando Blücher recobrando su energía al oír el cañón, volvía a la batalla con sus 88.000 prusianos. De manera que ya tiene dos cuerpos suyos en línea, cuando la Guardia francesa, arrojada contra el centro inglés en un asalto supremo, se encuentra parada detrás de la cuesta por la infantería y destruída a sablazos por la caballería escocesa. Muere en el sitio, antes de rendirse, mientras sus últimos cuadros protegen con su cuerpo al emperador, su ídolo derribado, que el enemigo rendido apenas perseguirá en su retirada.

Fouché maquina el regreso de Luis XVIII

El primer informado, Fouché tuvo bastante tiempo, mientras tanto, para tomar las medidas necesarias para asegurar la sucesión. Maneja enredadas intrigas con Inglaterra, el zar Alejandro (mandando a Guiguensé a Zürich), intrigas con Inglaterra, el zar Alejandro (mandando a Guiguenné a Zürich), junio) y de Molé (el 23), entre los liberales, y entre los «ultras», a través de Vitrolles, sacado especialmente del torreón de Vincennes (el 24), y del conde de Artois, en Gante, reanuda sus relaciones con los Borbones. Con la complacencia de La Fayette procura que las Cámaras se declaren el 21 en sesión permanente, que formen primero al margen del Gabinete una especie de Junta de Salvación Pública, integrada por cinco miembros de cada Cámara, y luego el 22 una Junta de cinco miembros, o sea un verdadero gobierno provisional, bajo su propia presidencia, el día siguiente, después de descartar a Carnot, mientras ha eliminado a este «ingenuo» de La Fayette, como a otros importunos, Sébastiani, Benjamín Constant, mandándo-

les negociar las condiciones de paz con los Aliados. En cuanto a él, gracias a la intervención del bonapartista Regnaud y de Jay, obtiene el 22 la abdicación del emperador, y consigue, gracias a sutiles maniobras de Manuel, que no se mencione la nominación de una Regencia en favor de Napoleón II. De tal manera que, apoyado tanto por el ministro de la Guerra, Davout, como por Masséna, llamado por él, al mando de la Guardia Nacional, concluye un armisticio el 3 de julio y se presenta como el salvador de la Patria, como el único interlocutor válido de los príncipes y el necesario intermediario de la Segunda Restauración.

Burlando así a todo el mundo, Fouché, que votó antaño la muerte del rey, se va el 5 a Neuilly, flanqueado por Molé, como fiador de respetabilidad, y de su inseparable Manuel, en compañía de Talleyrand, negociar con Wellington el regreso del representante de la dinastía legítima. El 6 de julio, dos días antes de la entrada del rey en París, el duque de Otrante se encontraba otra vez ministro de Policía, su matrimonio con Mlle. de Castellane le abrirá las puertas del «faubourg» de moda, y su fortuna, una de las más importantes de Francia, se cifrará entre 12 y 15 millones de francos en los años de 1815 a 1830. En cuanto a su cómplice —y rival— Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores, que ayudó a Luis XVIII a redactar su Declaración, muy moderada, de Cambrai, se encarga de la presidencia de un gabinete formado con el barón Luis en Hacienda, Pasquier en el Interior, Gouvion Saint-Cyr en la Guerra, Jaucourt en la Marina, Alexis de Noailles en la Casa del Rey y Decazes como prefecto de Policía.

Francia, en cuarentena

La empresa descabellada de los Cien Días había terminado. Quedaba por liquidar su cuenta. El 20 de septiembre, los Aliados dieron a conocer sus condiciones: mera vuelta a las fronteras de 1792, con la sola excepción de Avignon, Montbéliard y Mulhouse; devolución de las obras de arte; pago de una indemnización de guerra de 800 millones, garantizado por una ocupación de siete años de duración. Condiciones muy duras. Poco calificado para abogar en pro de su atenuación, Talleyrand dimitió el 25 de septiembre y recibió la dignidad de gran chambelán, y se alejó a Fouché, nombrándole como ministro en Sajonia. Llamado por Luis XVIII, que apreciaba su lealtad, así como su nobleza de carácter, el duque de Richelieu, amigo del zar (que durante la emigración le nombró gobernador de Odessa), consiguió ablandar a Alejandro. En el segundo tratado de París, del 20 de noviembre de 1815, Francia obtuvo algunas concesiones: Condé, Givet, Charlemont, los fuertes de Joux y de l'Ecluse; reducción de la indemnización en 100 millones, y de los plazos de ocupación a cinco años, con posibilidad de evacuación anticipada. No obstante, debía renunciar a Philippeville, Marienbourg, la Sarre, Sarrelouis, Landau y a Saboya.

Francia quedaba apartada del grupo de los Cuatro Grandes, que confirmaron este mismo día el tratado de Chaumont. El 9 de junio el Congreso de Viena había concluido sus sesiones. Y preludiando, conforme con el voto de José de Maistre, a la Institución de una Sociedad de Naciones, Alejandro I había firmado el 26 de septiembre con el emperador de Austria y el rey de

Prusia el Pacto de la Santa Alianza. Alumno de La Harpe, el zar no se había liberado de la influencia martinista, muy fuerte, desde el principio, sobre la Masonería rusa. Nacida princesa de Anhalt-Serbst, amiga y protectora de los filósofos, Caterina II no se negó a la difusión de estas doctrinas por el conde polaco Grabianka y el almirante ruso Pletschejev, ni tampoco a la publicación de las obras de Arndt y de Jacob Boehme (rosicrucianos) por la «Sociedad tipográfica». De manera que, por la acción del gran maestre Novikof y del príncipe Leopouchine, una logia «Imperial» vio la luz en Petersburgo en 1784 y que, tres años más tarde, la Orden contaba ya 145 logias en Rusia y 75 en Polonia. Pero informada de que el gran duque heredero, futuro Pablo I, había sido iniciado por Novikof en 1792, la emperatriz reaccionó, mandando que el gran maestre sea internado en Schusselbourg, los príncipes Leopouchine, Tourgueniev y Nicolás Troubetskoy desterrados en sus dominios y las logias cerradas. Proclamado zar, el 17 de noviembre de 1796, Pablo I las abrió de nuevo sólo para prohibirlas otra vez y demandar a sus jefes, a principio de 1797. Cuando cayó asesinado por unos amigos del embajador inglés Whitworth, el 29 de marzo de 1801, pensaba confiar a los jesuitas la educación de la juventud.

Apenas subió al trono, su hijo Alejandro I dio muestras de tendencias liberales, llamó a Miguel Speranski (preceptor de los hijos del príncipe Kourakin, fundador de una logia «sueca» en 1777) y le encargó de preparar con el historiador Karamsín un proyecto de Constitución, y más tarde, en 1809, llamó como profesor de filosofía al capuchino exclaustrado Fressler (ex-promotor de la lucha de José II contra el Clero y ex-fundador en Berlín, bajo el patrocinio del rey Federico-Guillermo III, de la logia «York a la amistad»). Los dos marcaron de sus influencias calvinista y martinista la educación en general y más especialmente la formación del Clero ortodoxo. A instancia de otro martinista, su consejero Bober gran maestre del Gran Oriente ruso hasta 1814), el zar derogó las prohibiciones de su padre en contra de la Masonería, antes de iniciarse, mientras el gran duque Constanti y el conde Potocki patrocinaban las logias más aristocráticas (de tipo «Wladimir a la Ordenanza»), de tendencias suecas, johanitas o martinistas y alentaban la proliferación de los talleres en el Ejército. Coronándolo todo, los favoritos del soberano, la protestante Mme. de Krüdener y el martinista príncipe Galitzin cubrieron la creación de «sociedades bíblicas» (cuna de los grupos de la «Joven Rusia» socialistas) y autorizaron la publicación por Labzin de traducción de Young Stilling, y la difusión de una revista titulada «El Mensajero de Sión».

* * *

El imperio de los Rothschild se engrandece... a la sombra de los Hesse-Cassel

¿Se daba cuenta el zar idealista, de sentimientos tan liberales, que por encima de la Europa de los reyes, nacida en el Congreso de Viena, se perfilaba ya una potencia internacional mucho más fuerte: la de la Alta Finanza con el imperio de los Rothschild? Entre los plenipotenciarios reunidos alrededor del tapete verde de Viena (después de veintidós años de

matanzas y montones de ruinas) para restablecer la paz y reconstruir el continente, ¿cuántos eran sus obligados? Y ¿cuántos Estados, financieramente apurados, estaban en condiciones de resistir sus «sugestiones»?

No obstante, el origen de la dinastía parecía bastante humilde: unos quincalleros-cambiadores bajo un letrero «Al Escudo rojo» en el ghetto de Francfort. Meyer-Amschel, huérfano a los doce años, empezó como dependiente en casa de Oppenheim, en Hanover. De vuelta en Francfort, «agente de la Corte» (en 1769), se ganó poco a poco el favor de los príncipes de Hesse-Nassau, numismáticos, a los que proporcionaba medallas. Estos príncipes de Hesse eran sumamente ricos. Yerno de Jorge III de Inglaterra, el padre, Federico II, utilizando como intermediarios al judío Veidel y al banquero de Amsterdam van der Notten, al morir el 10 de octubre de 1785, había dejado a su hijo Guillermo IX, además del título de landgrave de Hesse-Cassel, una fortuna valorada en 50 millones de thalers. Rubicundo, este «gallo» emplumado, impío y muy amigo de los «Iluminados», notorio bienhechor de la humanidad, mantenía en su corral a muchísimas queridas «aves», de las que tenía unos cincuenta hijos. Como este tren de vida le costaba caro, «criaba» también a unos soldados uniformados de rojo y de impecable presentación que revendía a Inglaterra. Este tráfico de «zapoletes» (así llamaba Thomas More a los mercenarios) siendo de excelente rendimiento y la guerra de Independencia americana absorbiendo una cantidad de ellos, el padre Federico había realizado en 1776 un beneficio de 3,5 millones de marcos con el suministro de 12.000 hombres, entre los cuales fueron pocos los que volvieron a su patria. Fiel a esta tradición familiar, su hijo Guillermo traspasó también a Inglaterra su regimiento de Hanover.

Gracias a Buderus, intendente de este príncipe, Amschel reinstalado en Cassel en 1787, consiguió ganarse una posición importante, al lado de Simón Moritz Bethmann, en el descuento de letras y luego en los préstamos que hacía el landgrave, aficionado a la usura. Establecido ahora «Al escudo verde», y vecino de los Schiff —futuros magnates de la alta finanza norteamericana— desde que Guillermo expulsó a los franceses de Francfort en 1793 y suministró 8.000 hombres a los británicos, Rothschild prosperó como proveedor de guerra y se aprovechó tan hábilmente del cierre de la plaza de Amsterdam, ocupada por el ejército revolucionario en 1796, que sus impuestos sobre beneficio pasaron de 2.000 a 15.000 florines y su fortuna pasó del millón. ¡Ya está lanzado! Casa a su hijo Salomón con Carolina Stern, de otra rica familia de Francfort, se asocia con el príncipe de Thurn and Taxis, maestre del Correo imperial, que le proporciona interesantes informaciones, se aprovecha de los préstamos del príncipe de Hesse al emperador (un millón de florines en 1795 y medio millón en 1798) para ganarse el título de «agente de la Corte imperial», obtiene créditos (160.000 thalers en noviembre de 1801; 200.000 florines en julio de 1802) y hasta siete préstamos hasta 1806, del landgrave, casado con Carolina de Dinamarca, que participa en los empréstitos daneses. Escalonados hasta 1805, estos préstamos (7.000 y 600.000 thalers), gracias a las facilidades a largo plazo que le consiente su correligionario Lavaetz de Hamburgo, brindan gruesos beneficios a Amschel, que «nutre» él mismo el último, de 400.000 en diciembre de 1810.

Pero en el intervalo Guillermo de Hesse (ascendido a príncipe-elector después del tratado de Lunéville en 1803) viene a ponerse en peligro por

apartarse de la Confederación del Rin y prestar 10 millones de thalers al rey de Prusia antes de la batalla de Iena (2 de diciembre de 1805). Antes de la ocupación de Cassel por los franceses el 1 de noviembre, necesita poner en seguridad sus joyas y 1,5 millones de valores en casa del embajador austríaco, de ocultar cajas de plata (cinco millones) y títulos en Wilhelmshöhe (donde el general Lagrange los descubre, devolviendo luego buena parte de ellos mediante una gratificación). Entonces el viejo Rothschild y su yerno Moisés Worms esconden sus archivos y otra parte de sus títulos en su casa, en Francfort. Son servicios que no se olvidan. Y como, al descubrirse el tráfico de Lagrange, el príncipe de Hesse ha huido a Carlsbad el 28 de julio de 1808 y el mes siguiente a Praga, Rothschild actúa de enlace entre él y Buderus, su comandatario, que se quedó en Hesse. No sin riesgos para Amschel, aunque sea protegido por Dalberg y por el rey Jérôme de Westhfalia (como lo hemos visto más arriba), cuando viene el momento de las encuestas y de las pesquisas que acompañan la gran ofensiva de los franceses contra el contrabando en Francfort, en noviembre de 1810 (de un total de 9,5 millones de francos de multas, los Rothschild no pagaron más de 20.000).

...Prospera en Londres

Pero, a pesar de su habilidad maniobrera, Amschel no hubiera pasado de la condición de un judío de Corte de Europa central, si no hubiese mandado por una genial inspiración a su tercer hijo Nathan a Inglaterra en 1798. Establecido primero en Manchester, con un viático de 250.000 florines, traficó de todo, tanto de paños como de productos coloniales, triplicando su puesta. Luego, vino a Londres en 1804, pidió su naturalización en 1806 y se casó con una Cohen, llegando así a ser el cuñado del riquísimo Moisés Montefiore, descendiente de una antigua familia judía italiana (de Liorna). Con unos préstamos, hábilmente distribuidos —sobre los fondos proporcionados por los príncipes de Hesse— a los cortesanos (200.000 libras a los duques de York y de Clarence, al príncipe de Gales, futuro Jorge IV, y otras 640.000 libras hasta 1810), fortaleció rápidamente su posición.

Entonces sonó la hora de los grandes negocios internacionales. Buscando un refugio para su fortuna (en el momento de financiar de nuevo, con la connivencia de Amschel, al emperador de Austria contra Napoleón), el príncipe de Hesse encargó al Rothschild de Londres la misión de comprar para él títulos del 3 % británico, por un valor de 150.000 libras, una vez, dos veces durante el año 1809, y luego de 150.000 y 100.000 (el 6 de diciembre de 1810). Pero, antes de negociar estos títulos, Nathan utilizó el dinero. Compró lingotes de la Compañía de Indias, preciosos metales por todas partes y se especializó en transferencias clandestinas, hasta el punto de detentar el monopolio de estas operaciones. Así consiguió, sea a través del contrabando oficial por Gravelines (donde su hermano Salomón se instaló el 25 de junio de 1810) o bien por el intermediario de su hermano James (que mandó a París el 4 de marzo de 1811) y de los banqueros Mallet, Charles Davillier y Hottinguer (que le ayudan a transformar sus guineas, al ritmo de 100.000 por mes, el 24 de marzo de 1811, en letras sobre unos banqueros españoles, sicilianos o malteses), encaminar el nervio de la guerra, los subsidios que Wellington esperaba en vano en España, desde dos años. Finalmente, las idas

y venidas de James a Dunkerque no pasaron inadvertidas; desde Hamburgo, en febrero de 1812, el mariscal Davout las señaló al prefecto de Policía Desmarets pero el ministro de Hacienda, Mollien, obnubilado por la idea de que esta hemorragia de oro sería fatal para Inglaterra, cerró los ojos.

...Se dedica a transferir los subsidios ingleses

De ahora en adelante, Nathan es el mejor situado para transferir los subsidios, arrojados por Inglaterra, madre de las coaliciones, sobre el continente. Cuando la casa Rothschild se transforma el 27 de septiembre de 1810, repartiendo su capital de 800.000 florines entre el padre Meyer-Amschel (370.000), 185.000 a cada uno de sus dos hijos mayores, Amschel junior y Salomón, y 30.000 a cada uno de los dos últimos (Charles y James), Nathan, independiente teóricamente, mantiene sus manos libres. Con el acuerdo de lord Liverpool, primer lord de la Tesorería y del canciller del Exchequer Vansittart, goza de la entera confianza del comisario Herries. Entonces se encargan los Rothschild de transferir cinco millones de thalers a Prusia y 10 a Rusia (conforme con las promesas de la convención de Reichenbach, del 14 de junio de 1813, de 666.666 libras a la primera para la movilización de 80.000 hombres y del doble a la segunda), con un mínimo de letras sobre Londres. En cuanto a Austria (que, según el tratado de Toeplitz del 3 de octubre de 1813, debe recibir un millón para 150.000 hombres), los banqueros de Francfort encuentran más dificultades para conquistarla, porque tiene unos cuatro intermediarios habituales: Beymuller, Arnstein-Eskeles, Steiner, el conde Fries y, en el extranjero, Parish de Hamburgo. No obstante, el conde O'Donnell, presidente de la Cámara de Finanzas, y el consejero Barbier toman contacto con los Rothschild, y el príncipe de Hesse, que contribuirán luego con 100.000 thalers en la coalición. Pero como no podían ofrecer más que 5,8 millones de thalers en varias creencias, entre los cuales 140.000 sobre el ministro prusiano Hardenberg, fracasó la negociación. Pasó lo mismo con las propuestas de transferencia de la última chapa de 555.555 libras de subsidios (confiada al judío alemán von Limburger) y de una participación por la mitad, de acuerdo con Barbier, en la transferencia, por Bruselas, de los gastos de ocupación (en agosto de 1814). Aunque Herries puso en contacto a Nathan con Federico de Gentz, principal consejero de Metternich, el ministro de Hacienda, conde Ugarte, siguió descartando a los Rothschild y manteniendo su confianza a Bethmann. Pero, después del retorno de la isla de Elba, su sucesor Stadion, diplomático sin experiencia financiera, aceptó por fin, a instancia de Herries y de su agente Limburger, interviniendo cerca del comisario austríaco Sehwinner en Francfort, confiar a los Rothschild el pago de dos meses de subsidios ingleses a Austria (277.777 libras hasta diciembre de 1815). Por fin Viena abrió sus puertas a Salomón: Stadion, a pesar de la oposición de Lederer, aconsejó a Metternich ennoblecer a los Rothschild para obtener de ellos condiciones más ventajosas (Amschel y Salomón, el 25 de septiembre de 1816; Charles y James, el 21 de octubre) y, nombrar a Nathan cónsul honorario en Londres, y tres años más tarde a James, en París.

De un total de 42,5 millones de libras pagadas por Herries en el continente, entre el 1 de octubre de 1811 y octubre de 1816, los Rothschild,

comisionados por Londres, transfirieron la mitad. Apenas se cierra este capítulo de los subsidios, cuando se abre otro con el pago de la indemnización de 700 millones cargada sobre Francia por el tratado de París. Porque también en París los Rothschild disponen de una posición fuerte. Desprovisto de todo recurso, Luis XVIII, para volver a su capital el 3 de mayo de 1814, tuvo que pedir a Herries un préstamo de 200.000 libras, que proporcionaron Nathan y James. En consecuencia: sin previa naturalización, James se establece oficialmente como banquero. Será el intermediario obligado de los acreedores reconocidos por el tratado. Barbier, presidente de la Comisión aliada encargada del reparto de la indemnización (1 de diciembre de 1815), confía a los Rothschild, en concurrencia con los cuatro banqueros tradicionales de Austria y con el grupo Baring-Ouvrard, gran parte de los pagos a Viena (8,6 millones de florines al 1 1/4 %) cuando muchas veces no se trata de meras transferencias, como en el caso de las deudas de Austria al Wurtemberg.

Manipula el Congreso de Viena

Reconocidos ya como la primera potencia financiera de la época, los Rothschild mandan sus propios delegados al Congreso de Viena (que la policía austríaca vigila muy de cerca) a Jacob Baruch, el padre llamado Börnes y J. J. Gumprecht, y distribuyen cantidad de regalos a Federico de Gentz, secretario general del Congreso, a Guillermo de Humboldt, embajador prusiano, y otros. Su posición les permite abogar en favor de sus correligionarios, tanto cerca de Metternich, que les reconoce los derechos cívicos (el 9 de junio de 1815), como en la nueva Dieta federal y el Senado de Francfort, gracias al apoyo de Hardenberg, del príncipe de Hesse y de Buderus, a pesar de la oposición del conde Buol, representante de Austria. Con la reunión del Congreso de Aquisgrán (del 20 de septiembre al 4 de noviembre de 1818) se presenta otra oportunidad de proseguir estas negociaciones. El objeto de esta asamblea es de liquidar la cuestión del pago anticipado de la indemnización por Francia y fijar las condiciones del cese de la ocupación. Firmadas el 9 de octubre, estas convenciones son ejecutadas el 30 de noviembre. El 4, el gobierno de Luis XVIII ha sido admitido de nuevo entre los Grandes. Sentados al lado de los magnates de la Alta Finanza, Baring y Hope, Salomón y Charles (que acaba de casarse con Adélaide Herz) representan esta vez en persona a la casa Rothschild. El delegado de los judíos de Francfort, doctor Budcholtz, consigue la nominación de una Comisión de Arbitraje sobre el problema (10 de diciembre de 1818). Ha sido muy bien acogido por Metternich, y sobre todo por el secretario general de la Conferencia, Federico de Gentz, que, desde 1815, como Talleyrand, recibe dinero por todas partes (300 y luego 500 ducados de Rusia, 800 y más de Prusia, del banquero judío Lamel, de Parish, etcétera) y que, cebado por frecuentes regalos (800 ducados el 27 de octubre, y los días 2 y 12 de noviembre) y por unas gratificaciones de más valor (5.000 florines, etc); así pensionado por los Rothschild, llega a ser su mejor agente de información y de propaganda (en abril de 1826), al mismo tiempo que paraliza a sus enemigos (prohibiendo, por ejemplo, en Austria la difusión de la «Allgemeine Zeitung», del editor Cotta de Augsbourg, que se atreve a atacarlos el 4 de diciembre de 1821). Porque la creciente influencia de los judíos en una Alemania donde el

movimiento nacionalista toma fuerza, viene a provocar unas violentas reacciones populares, particularmente en Wurzbourg, Bamberg y Francfort (el 10 de agosto de 1819). Pues Fichte no tiene más ternura para ellos que Goethe: siendo para él la única solución «¡conquistarles su Tierra Prometida para mandarlos allí a todos!». Pero unos años más tarde, después del reemplazo del conde Buol por el barón von Munch (en agosto de 1824), los judíos de Francfort (con excepción de algunas restricciones) finalmente ganaron su causa.

Engorda con los empréstitos estatales

Entretanto se abría para los Rothschild la era tan fructífera de los empréstitos estatales. Empezando por el empréstito prusiano emitido en Londres en 1817-18. Pues para ellos Prusia es un terreno muy favorable. ¿No era el viejo Meyer-Amschel el corresponsal en Francfort de los banqueros de Berlín? ¿No se adhirió, con el príncipe de Hesse, al «Tugendbund»? Buen amigo de David Friedländer y de Isaac Jacobson, Hardenberg, nombrado canciller en 1810, siempre protegió a los judíos. Intervino en 1803 para parar la difusión del panfleto de Grattenauer, «Wieder die Juden», distribuido en 13.000 ejemplares. A final de 1808, con el acuerdo de Stein, les concedió los derechos de ciudadanía en las ciudades, luego descartó los proyectos de reforma y de asimilación preparados por Brandt y von Schrötter, que pretendían cortarles la barba e imponerles el alemán, para concederles, el 11 de marzo de 1812, igualdad completa de derechos (con excepción del acceso a algunas funciones del Estado). Viejo contertulio de los salones berlineses de Henriette Herz y Dorothée Mendellsohn, ¿el embajador Guillermo de Humboldt no entregó a los Rothschild la tarea de administrar su fortuna? Desde que la coalición se reformó (el 25 de marzo de 1813), Nathan respondió al favor de estos potentes amigos, mandando a su hermano Salomón a Berlín para llevar, en dos plazos, 200.000 y 150.000 libras de subsidios para la intervención de 150.000 hombres. De manera que ahora no hay dificultad para concluir un préstamo de cinco millones de libras. Emitido a 72, llegará a la paridad en 1824 y será convertido en 4 % a 98,5 en diciembre de 1829. Buen negocio, seguido por otra emisión por Nathan en 1822, por un valor de 3,5 millones de libras.

Entonces le toca el turno a Inglaterra, donde emite Nathan fondos de Estado por un valor de 12 millones de libras, con condiciones bastante moderadas. Y luego el de Austria, donde Stadion intenta quitar de la circulación el papel-moneda devaluado y reducir el déficit anual de 20 millones de florines. Nathan acaba de ser nombrado cónsul honorario en Londres (el 3 de marzo de 1820), cuando, el 7 de abril, los Rothschild emiten un empréstito-lotería de 20 millones de florines (cuyo coste es de 36 para el Estado) y, cuatro meses más tarde, 35 millones de obligaciones (cuyo coste es de 76,8, más 4 % en comisiones). Como estos fondos cotizarán luego 150, el beneficio realizado será muy bonito. A los Rothschild también Metternich concede (con un interés de 3,5 %) unos 20 millones de francos de la indemnización francesa, destinados a la futura edificación de una fortaleza en la orilla del Rin. Entonces Salomón se establece en Viena y recompensa a Metternich por unos préstamos importantes (pero por otra parte en forma

regular): 900.000 florines el 23 de septiembre de 1822 (como un servicio se paga con otro correspondiente, los cinco hermanos reciben el título de barón, el 29, y Nathan, pronto, el de cónsul general en Londres) y luego, el 1 de junio de 1827, otro de 500.000. Durante la Conferencia de Verona, en 1822, Salomón paga los gastos personales del canciller: 16.370 liras. No obstante, sus proposiciones de un empréstito de 30 millones de florines a 70 (28.785.000, costando 42.875.000) parecen un poco exageradas. Serán rechazadas otra vez en 1823, cuando se encuentra en competición con Laffitte y Geymuller, pero finalmente Metternich los acepta en 1824, pero a 82 y con tres asociados. El canciller había pedido también la intervención de Salomón y de Nathan cerca de Baring y de Reid Irving para conseguir de Inglaterra un arreglo para la liquidación de una antigua deuda de 6,2 millones de libras contratada en 1795 y 1797: cuando Inglaterra, descontenta por causa de la intromisión austríaca en Italia, exigía su reembolso inmediato. Se concedió una reducción a 2,5 millones de libras, o sea 30 millones de florines de obligaciones, 5 a 82 2/3 (en octubre de 1823).

De esta intervención, decidida en los Congresos de Troppau (octubre de 1820) y de Laybach (enero de 1821), los Rothschild se aprovecharon para introducirse en Italia. Llegado a Laybach el 29 de enero de 1821, Salomón proporcionó los fondos que permitieron al cuerpo expedicionario austríaco derrotar a sus adversarios en Rieti el 9 de marzo y entrar en Nápoles el 24, borrando así la molesta impresión provocada por la revuelta de Alejandría en la Bolsa de Viena. Llegado a Nápoles el 12 de abril, Charles, el más joven de los Rothschild, emite toda una serie de empréstitos: 16 millones de ducados a 60 (que cotizará 76,5 en junio de 1821, con una comisión del 3 %), más 16,8 millones a final de noviembre de 1821, a 67,3; 22 millones en septiembre de 1822; seguidos por otro, el cuarto, de 2,5 millones de libras a 89 4/5, que cotiza pronto 96,75 y hasta 108. Excelente negocio para los Rothschild, mientras la Deuda napolitana, de 28 millones de ducados pasaba a 104 en 1824. Ahora los cinco hermanos se encontraban instalados: Amschel en Francfort, Nathan en Londres, Salomón en Viena, James en París y Charles en Nápoles.

Siguiendo el ejemplo de Nathan, James había distribuido el maná de la amistad entre las personas más influyentes de la capital francesa, donde vivía ahora en el hotel de Fouché. Nombrado el 11 de agosto de 1821 a la dignidad honorífica de cónsul general de Austria, mantenía las mejores relaciones con los Borbones, pero también discretas inteligencias con Luis-Felipe de Orléans. Con no menos habilidad anda con rodeos en los asuntos de España, que examina el Congreso de Verona (el 20 de octubre de 1822), donde acompaña a Ouvrard, mientras Salomón acompaña a Metternich y a Gentz. Es un embrollo para los Rothschild: si las otras potencias aprueban la intervención francesa, Inglaterra, por el contrario, apoya a los «liberales» y se aprovecha del desorden en la metrópoli para tener las manos libres en América del Sur. Nathan estaría dispuesto también a sostener a los «constitucionalistas», que, a través del banquero Bertrán de Lis, piden a James de evitar o de retrasar la campaña del duque de Angoulême, dejando esperar la caída del gabinete de San Miguel (29 de marzo de 1823). Pero como el ejército real pasa la frontera el 7 de abril de 1823, dispersando a los voluntarios franceses de Fabvier, y penetra en Madrid el 23 de mayo, James

ya no puede regatear su apoyo. Ofrece fondos al gobierno de Villèle (11 de mayo de 1823), financia al duque de Angoulême, proporcionándole, por ejemplo, por el intermediario de su agente en Madrid, Belín, dos millones de francos de letras sobre Londres, con el fin de negociar la liberación del rey Fernando VII, prisionero de las Cortes de Cádiz (el 23 de junio de 1823). En Francia, con el concurso de sus hermanos, consigue obtener, a pesar de la competición de otros cuatro banqueros, entre los cuales Laffitte, la adjudicación, a 89,55, de 23 millones de francos de renta emitida por Villèle para cubrir los gastos de la expedición (a principio de julio de 1823). Aunque la cotización sea alta, como llegó a 91,25 el 11 de julio, pasó la paridad el 17 de febrero de 1824, para establecerse a 104,80 el 5 de marzo, el beneficio fue cuantioso.

Estimando posible una conversión del 5 al 3 %, Villèle discutió de las condiciones correspondientes desde marzo de 1824 con James, Nathan y Baring, a quienes pensaba reservar el beneficio del primer año, o sea unos 28 millones, pero la Cámara de los Pares se «encabritó» y rechazó el proyecto el 3 de julio de 1824, por 128 votos contra 94. Se aprovecharon de esta oportunidad el duque de Chillon para denunciar sin rodeos a «estos grandes capitalistas (cosmopolitas que) disponen de la suerte de los imperios y pueden sacudirlos en momento críticos, sacando de golpe sus fondos»; el ex-ministro de Asuntos Exteriores, Pasquier, para fustigar «el consorcio de las Grandes Compañías financieras (que) parecía intentar llegar al monopolio de todos los capitales». «Debe Francia dar un ejemplo a Europa, concluye él, frustrando la coalición que amenazaba su independencia». El proyecto, presentado otra vez por Villèle el 1 de mayo de 1825, llegó a poco: la conversión de rentas por un valor de 30,5 millones, que provocó tal caída en la Bolsa (de 75 a 62) que los cuatro Rothschild (a excepción de Nathan), atemorizados, conferenciaron en París con toda prisa para remediarla.

La continua expansión de las operaciones de los cinco hermanos, dominando ya la mayor parte del crédito en Europa y, por lo tanto, maestros de la paz y de la guerra, justificaba plenamente las críticas de los Pares. Aprovechándose del Congreso de Verona, Gentz les había traído el zar como cliente para la emisión de un empréstito de seis millones de libras. Pero no era todavía el momento para la finanza judía de comprometerse a fondo en operaciones con Rusia. Cuando Nicolás I, en su lucha contra los turcos, siguiendo los consejos de Metternich y de Nathan, solicitó su apoyo en marzo de 1828, se negaron a concedérselo. Así como lo negaron a los turcos, condenados al pago de una indemnización de 11,5 millones de ducados holandeses por el tratado de Andrinopoli del 14 de septiembre de 1829. Poseedores de una gran cantidad de títulos de Estado (en 1830 detenían todavía rentas francesas por un valor de 18 millones), su más evidente interés era el mantenimiento de la paz en Europa.

Una potencia supranacional

Verdadero poder internacional, como necesitan para sus especulaciones la información más rápida, disponen del servicio de correo mejor organizado y más rápido del mundo, generalmente cubierto por la inmunidad

diplomática. Así pueden transmitir al gobierno inglés, a través de un agente en Ostende, el 20 de junio de 1815, la noticia de la victoria de Waterloo, como más tarde la del asesinato del duque de Berry. En el Congreso de Verona, este voluminoso correo llama la atención de los diplomáticos. Aunque Salomón y James fueron sorprendidos por la sublevación de 1830 en París (acababan de absorber 80 millones de rentas francesas para financiar la expedición a Argel, a 102,72 —por encima de la paridad—, para eliminar la competencia del judío español Aguado y de Mallet, que ofrecían 97,55 y 98, respectivamente), fueron ellos los que advirtieron de estos acontecimientos, tanto el gabinete de Londres como, por otra parte, Metternich.

Pero dan prueba de la mayor reserva en los asuntos de España y de Suramérica, países hacia los cuales, desde 1808, Inglaterra dirige el mayor esfuerzo de las logias que, otra vez, domina. Si endosan en 1824 en Londres los compromisos del Brasil y si conceden a este país (donde los judíos juegan un papel enorme) un empréstito de 800.000 libras en 1829, cuidan mucho de apartarse de la especulación sobre los valores mineros suramericanos que van a provocar en la Bolsa de Londres en 1825-26 un «krach» y una crisis en la cual se hundió la casa Fries de Viena y que provocó el suicidio de David Parish de Hamburgo. No obstante, Nathan apoya la política inglesa en favor de los insurgentes, empleándose en disuadir a sus hermanos de conceder créditos a España. A la concesión de un préstamo de 120 millones de pesetas, pedido por Fernando VI y Villèle a Baring, Irving y los Rothschild, estos últimos oponen la exigencia de una contragarantía a la que Francia se niega para tomarlo a 60 (diciembre de 1823). En la mi-septiembre de 1824, después de deliberar en Londres, los cinco hermanos se niegan a conceder otro préstamo de 25 millones de libras a España.

* * *

Contra la administración ibérica en América

Utilizados como campo de batalla después de la invasión napoleónica, tan pérfidamente aconsejada por Talleyraud, los Estados ibéricos perdieron el control de sus colonias americanas, donde Inglaterra, a través de las logias allí creadas, se presentaba como una potencia libertadora.

Si la expansión portuguesa, heredera de los métodos púnicos, siempre en busca de escalas marítimas y de nuevas factorías a través del mundo, tuvo durante mucho tiempo un carácter predominantemente comercial, en Brasil por lo menos había implantado un verdadero Imperio. En cuanto a España, nutrida de las tradiciones romana y católica, y continuando más allá del mar la reconquista dirigida durante siglos contra los infieles en su propio territorio, ocupó sistemáticamente los países conquistados, para buscar allí por cierto oro y riquezas, pero también para propagar la fe, implantando su civilización, su idioma, sus leyes y su administración. Si algunos de los «conquistadores» —no son santos todos los colonizadores— se manifestaron crueles hacia los indígenas, si el sistema de las «encomiendas» poniendo a su merced tropas enteras de indios no conversos —probablemente necesario al principio para la explotación y el desarrollo del país—, cubrió bastante excesos, al menos España, preservada de la influencia del bárbaro racismo

bíblico y de los métodos hipócritas expuestos por Thomas Moro en su «Utopía», que provocaron la deliberada exterminación de los indios en Norteamérica, denunció por la voz de sus propios misioneros (un fray Bartolomé de las Casas, por ejemplo) los excesos que le daban vergüenza, y protegió por una legislación adecuada los pueblos de cuya suerte se había encargado.

Vigilaba la aplicación de esta política el Consejo de las Indias (creado en 1511, organizado en 1524 y definitivamente regulado por la Real Ordenanza del 24 de septiembre de 1571). Residiendo en Sevilla, lo integraban un presidente, unos auditores y unos asesores, y toda clase de expertos y veedores con todos los poderes. Representaba al Ejército y la Supremo Corte en materia colonial, nombraba o confirmaba la nominación de los oficiales, promulgaba los reglamentos, «presentaba» a los arzobispos y obispos, actuaba de Tribunal de Apelación por encima de las Audiencias, de los Tribunales provinciales, examinaba las actas sobre la gestión de los gobernadores. Estos «Juicios de Residencia» tenían un carácter muy original. Sucesores de los «Adelantados», de estas autoridades avanzadas de la Reconquista en Castilla y de los primeros años de la penetración en América, virreyes y capitanes generales, representantes directos del rey pero demasiado alejados de su amo como para pedir refrendo de sus decisiones, disponían de unos poderes casi ilimitados, pero esta autoridad total venía compensada por la responsabilidad correspondiente cuando al finalizar su período de mando se abría una encuesta sobre la gestión del procónsul, en la que se oían las quejas de sus subordinados como de sus administrados. No era ésta sólo una Alta Corte conociendo de los crímenes de abandono de territorio o de exceso de poder, sino una corte de examen de gestión, con una responsabilidad total, pecuniaria como penal, de los funcionarios.

Durante el siglo XVIII, bajo la influencia de las reformas centralizadoras «a la francesa» introducidas por los Borbones, esta Administración había sido modificada por la creación de un ministerio de las Indias, la limitación de los poderes del Consejo de las Indias (que será suprimido por las Cortes de Cádiz en 1812) y la institución de los intendentes. El reinado de Carlos III, soberano «ilustrado», con un entorno de ministros y de notables «hermanos masones», como el conde de Aranda, el duque de Alba, el conde Pedro Rodríguez de Campomanes, Gaspar-Melchor de Jovellanos, el conde de Montijo, el marqués de Valdelirios y otros, fue marcado por unas tentativas de flexibilización del régimen administrativo y comercial al cual las Indias se encontraban sometidas. A los ministros «liberales» correspondían virreyes tolerantes, Revillagigedo, Bucarelli en Nueva España (México), Gil de Taboada, F. de Croix en Perú, Vertoz en la Plata (virreinato creado en 1776), Manso en Chile, La Cerda en Nueva Granada (Colombia), Luis de las Casas en la Habana. El conde de Aranda había considerado en 1783 la posibilidad de aplicar una forma de pacto de familia colonial, reagrupando los territorios americanos en tres reinos casi autónomos: México, Costa Firme y Perú, bajo un común «emperador». Godoy, ministro de Carlos IV y favorito de la reina María-Luisa, recogió el proyecto en 1804, con la institución de unos «príncipes-regentes». De manera que España no se había cerrado por completo a las ideas liberales. Creador de las concepciones modernas del Derecho internacional, Francisco de Vitoria había proclamado

el principio de la igualdad entre los Estados, como el padre Mariana el de la igualdad entre los ciudadanos, en tanto que Suárez fundaba el Estado en el consenso de sus administrados. En 1797, Villalba expuso un plan de reforma incluyendo la abolición de los virreyes, la representación por mitad de los «americanos» en las Audiencias y a través de diputados en el Consejo supremo de Sevilla.

Inglaterra impulsa a los criollos a la insurrección...

Las dos trabas a su libertad peor soportadas por las colonias de América son la exclusión de los criollos del gobierno y el monopolio a España del comercio exterior. El papel de árbitros, reservado a los funcionarios españoles encargados de la gestión de los asuntos en la primera fase constituye la mejor garantía de convivencia para los dos grupos étnicos enfrentados, indios autóctonos y criollos o colonos europeos nacidos en el país. Pero, después de fortalecer su posición, estos últimos pretendieron jugar un papel político. En la primera mitad del siglo XVII ya un magistrado del Perú, Juan Solórzano Pereira, abogaba por su causa. En su arenga «Elogio», en la Universidad de Lima en 1781, José Baquijano y Carrillo proclamó sus derechos, así como Juan Bautista Mariel en Córdoba (Argentina). En su «Carta a los españoles americanos», publicada en Filadelfia en 1799, el jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán escribió: «el nuevo mundo es nuestra patria».

Esta toma de conciencia política iba acompañada por el despertar de intereses económicos en pleno desarrollo. Al principio las colonias vivieron en un régimen de monopolio comercial, porque no podían hacerlo de otro modo. Se necesitaba una flota de guerra para proteger los convoyes contra los ataques de los corsarios franceses o ingleses, de los piratas o filibusteros. Entonces era cosa normal que la Casa de Contratación de Sevilla tenga el privilegio de organizar los viajes, de encaminar hacia la metrópoli los pesados galeones cargados con oro, piedras o metales preciosos, de productos exóticos, azúcar, café, etc., y de suministrar a los territorios de Indias todo lo que les hacía falta, de los colonos, procediendo de Extremadura o de Andalucía (y en menor número de Galicia, de las Vascongadas o de Levante), pasando por el ganado y las semillas, hasta las guarniciones, sus armas, material y municiones. Durante mucho tiempo Panamá, el término de estas flotas, fue la feria de los intercambios en Centro y Suramérica. No procedían de otra manera todas las grandes Compañías privilegiadas, sean francesas, británicas u holandesas. Pero pasando el tiempo, el monopolio, al no ser más indispensable, parecía injusto. Madrid se daba cuenta de esto y por ejemplo Jovellanos, entre otros, deseaba la flexibilidad de este régimen. Y como se intensificaba la prospección local, los viajes de hombres de ciencia europeos, La Condamine, Bonpland, Souiergues, Haencke, Ulloa, Juan y sobre todo Humboldt, llamaban la atención sobre las riquezas del continente y sobre el evidente interés en abrir este mercado al comercio internacional (1).

(1) Fue precisamente el barón von Humboldt el que reveló a Simón Bolívar, un plantador de San Mateo, en Venezuela, su vocación de «libertador», durante un viaje en París. «El tiempo ha venido, dijo el geógrafo alemán, para que la América española sea libre, pero hace falta un gran hombre para emprender esta tarea.»

Estas tendencias hacia la emancipación venían también alentadas por el ejemplo contagioso de las revoluciones americana y francesa. Como las obras de Voltaire, traducidas por Urquijo, la Enciclopedia y los libros de los filósofos circulan en América. Sociedades de pensamiento y periódicos difunden sus ideas. En Nueva Granada (Colombia), desde 1788, bajo el nombre de Escuela de los Sabios, José Celestino Mutis, procedente de Cádiz en 1760 y fundador de una biblioteca pública en 1777, instala un vivero de revolucionarios y desarrolla su propaganda con la ayuda del capitán de los Guardias Rodríguez de Arellano y de Antonio Nariño, mientras el doctor Espejo publica «El nuevo Luciano». En Lima (Perú), la Asociación Filarmónica de José Rossi y Rubí se transforma en 1790 en «Sociedad de los Amantes del País», donde el monje Diego Cisneros, de San Jerónimo, ex-confesor de la reina María-Luisa, difunde las ideas de los enciclopedistas. En Chile el hijo del virrey irlandés O'Higgins, de vuelta de Europa, empieza a agitar a los espíritus. En Buenos Aires, donde el buque «Le duc d'Orléans» se aprovechó de una visita en 1789 para difundir panfletos y libelos, Manuel José de Lavardeu (1756-1811) funda una «Sociedad patriótica y literaria», y luego Moreno monta otra en 1811. En Venezuela un teniente de Justicia, José Francisco León fomentó un motín en 1751, luego se reanudó la agitación con la llegada de unos prisioneros de Santo Domingo en 1795, la conspiración de tres ex-detenidos, demandados con 89 cómplices en junio de 1797 y esto condujo a un movimiento dirigido por Gual, Picornell y Campomanes en 1799. La revuelta de Toussaint-Louverture en Santo Domingo tuvo repercusiones en Cuba y Puerto Rico. En cuanto a Méjico y Guatemala, la difusión de literatura filosófica y revolucionaria dio lugar en 1794-96 a un proceso en el cual se encontraron implicados unos españoles, Juan Francisco Ramírez, el bachiller Alamillo, el estudiante Montenegro, y unos franceses, Durrey, Fournier, Labadie, Laussel, Malavert, etc. Entre los dirigentes del movimiento para la Independencia, Belgrano, Mariano Moreno y Bernardo de Monteagudo, reconocían haber sido impregnados por las «ideas francesas».

Pero esta propaganda ideológica no hubiera sido suficiente para desencadenar una verdadera revolución sin una impulsión exterior. Las revueltas populares, esporádicas, aunque a veces graves, que se produjeron varias veces anteriormente no habían llegado a esto, como la dirigida por Fernando de Mompó, discípulo de José de Antequera, al ejemplo de los «comuneros de Castilla» de Padilla, en 1763 en las provincias «jesuitas» del Paraguay y de Corrientes, donde fue depuesto, el 29 de octubre de 1764, el teniente del gobernador. Los motines contra los impuestos, fomentados en Colombia en 1780-81 por Juan Francisco Berbeo y Antonio Galán (ejecutado en 1782), precisamente cuando el virrey Manuel Antonio Flórez acababa de repeler un ataque inglés contra el puerto de Cartagena (en 1779). La más peligrosa revuelta del cacique indio «Tupac Amaru» (4 de noviembre de 1780 al 18 de mayo de 1781), que asesinó al «corregidor» Antonio de Arriaga, sublevó a 20.000 montaneros en Vicalmayo (Bolivia) y no fue vencido sino por la intervención de 17.000 hombres, movilizados por los virreyes de Lima y de Buenos Aires, Jáuregui y Vertiz.

Financiados por la «City», encuadrados por la Francmasonería

Esta vez el movimiento generalizado, dirigido por Londres, financiado por la «City», organizado por la Masonería, era mucho más serio. Aprovechándose de la guerra permanente, entretenida en Europa por las coaliciones alimentadas por sus subsidios, amos del mar desde la derrota de Trafalgar, los ingleses trataron primero de apoderarse de las posesiones francesas y españolas por la fuerza. Para probar la resistencia, el coronel Whitelock intentó desembarcar en Santo Domingo, entonces sublevado. Luego formaron el proyecto de tres ataques simultáneos, contra el río de la Plata, Chile y Venezuela, para apoderarse de América del Sur. Procediendo del Cabo (que había caído en sus manos en enero de 1806), lord Popham, comodoro, mandó al general Beresford ocupar Buenos Aires con 2.000 hombres (25 de junio de 1806). Como el virrey se fugó, al principio todo le salió fácil, pero bastó con la reacción viril de un capitán de navio, francés al servicio de España, Santiago de Liniers, para dominar a Beresford y obligarle a capitular. Al aprehenderlo (12 de agosto de 1806), Crawford renunció a forzar Valparaíso para socorrer a su colega. Whitelock, que había conseguido apoderarse de Montevideo en 1807, no tuvo mejor suerte: los 8.000 milicianos de Villiers infligieron a sus 12.000 hombres una corrección ejemplar.

No obstante, en el litoral norte del continente y en el mar Caribe, los ingleses encontraron a unos auxiliares dispuestos a secundar sus designios. En Méjico, Francisco de Mendiola les ofreció levantar a 40.000 hombres, así como Luis Vidal, en las islas, pero encontraron el hombre que buscaban en la persona de Francisco de Miranda. Nacido en Caracas en 1750, este francotirador de la Libertad puso su espada al servicio de los insurgentes norteamericanos el día siguiente de Saratoga, luego viajó a Europa con un pasaporte regalado por Caterina II, y desde Londres se puso a la disposición de Dumouriez, que acompañó tanto en Valmy como en su empresa de los Países Bajos. Como esta aventura se terminó en la cárcel de la Conserjería, sus protectores ingleses le promovieron jefe de los hispanoamericanos «libres». Con esta misión se presentó en 1806 por delante de Ocuman (Venezuela), con la flota inglesa, con la esperanza de sublevar a los partisanos de los Derechos del Hombre y de los «Hijos de la Patria»... pero fue rechazado al mar más pronto que había desembarcado. Con el «Leander» de sir Thomas Lewis, otros dos buques y 400 hombres intentó otra vez un golpe contra Colombia, el 6 de mayo de 1806, y no consiguió mantenerse en Cao (Venezuela) más que del 2 al 14 de agosto de este mismo año.

Después del fracaso de esta operación de bandolerismo —propuesta por Miranda y Popham a lord Melville, primer lord del Almirantazgo, en 1804— se abrió la operación «Liberación». Muy atrevido precursor de la descolonización, Miranda propuso a Pitt y al embajador norteamericano trabajar por la independencia de Suramérica hasta, si hacía falta, restaurar el gobierno de un «Inca». Efectivamente, los Estados Unidos, después de la adquisición de Luisiana y de Florida, empezaban a codiciar las provincias septentrionales de Méjico. Aaron Burr preparaba ya su penetración entre los estudiantes y el bajo clero del país. Entonces se tomó la decisión de centralizar la propaganda, en previsión de los acontecimientos que se esperaban en España (la invasión napoleónica). Una «Gran Logia americana» fue consti-

tuida en Londres, cuyo Consejo Supremo se reunía en el propio domicilio de su gran Maestre, Miranda (Grafton Street 27, Fitzroy Square). Sus «hermanos» juraban obrar en pro de la independencia y defender la fe democrática. Allí Miranda reagrupó a sus amigos, futuros jefes del movimiento de emancipación en todos los territorios españoles de Centro y Suramérica: Mier de Méjico, Valle de Guatemala, Bolívar, Antonio Nariño de Colombia, San Martín, Mariano Moreno y Alvear, de la Plata, O'Higgins, Bernardo Riquelme y Carrera, de Chile, Montafior y Rocafuerte del Ecuador, Vizcardo de Perú, Monteagudo de Bolivia, y otros.

Enlazada con ellos, la logia «Lautaro» se estableció en Cádiz —ciudad que contaba ya 500 «hermanos» en 1753 y donde iba a recogerse la Junta formada en Aranjuez para resistir la invasión napoleónica—. Mientras la península ibérica, ocupada, sirve de campo de contienda entre los ejércitos francés e inglés, y dos clanes masónicos, uno en Madrid y el otro en Cádiz, se disputan el gobierno, Inglaterra tiene las manos libres para actuar a su gusto. Aunque, delante de esta vacante del poder, la primera reacción de las colonias sea totalmente realista. Las Juntas que se forman en ultramar, a iniciativa del general Goyeneche en agosto de 1808, y siguiendo las instrucciones de comisarios mandados por Sevilla, sede provisional de la Junta central, en noviembre, proclaman en todas partes su «fidelismo» hacia España y su rey. Pero los lazos se relajan, se establece la costumbre de defenderse por sí mismos y estas Juntas vienen infiltradas por unos masones, bien decididos a prolongar su acción hasta la independencia total. La primera de estas Juntas aparece en Montevideo el 21 de septiembre de 1808; no obedece a Villiers y se retira de Buenos Aires, Artigas la reconstituye, vence a los españoles en las Piedras el 18 de marzo de 1811, y defendiendo la autonomía de las provincias orientales, se pelea con los argentinos y con sus vecinos portugueses del Brasil. En Bolivia una Junta autonomista se forma, con Sucre (que detiene al presidente de la Audiencia el 25 de mayo de 1809), en Chuquisaca, y con Monteagudo y Murillo, en La Paz (el 16 de julio). Este último, vencido en las Yungas por el general español Goyeneche, será ejecutado el 10 de enero de 1810, y la ciudad de Cochabamba será destruida en la represión (27 de mayo de 1812). En el Ecuador, la Junta constituida en Quito el 10 de agosto de 1809 proclama la independencia el 11 de octubre de 1810, pero el virrey del Perú, Fernando de Abascal, frustra y deshace todas las conspiraciones, y el coronel Arredondo golpea fuerte en la represión. Venezuela queda dividida; si en Caracas un «cabildo abierto» destituye al capitán general el 19 de abril de 1810, a pesar de sus tendencias liberales, Coro y Maracaibo se mantienen lealistas. Los moderados temen la emancipación de los esclavos, el apoyo inglés pedido por Bolívar y la proclamación de independencia de una República federal el 5 de julio de 1811. El español Monteverde trae refuerzos de Puerto Rico, se apodera de los castillos de Puerto Cabello, obliga a la Guayra a capitular y obtiene de Bolívar que le entregue a Miranda, considerada como agente a sueldo de Inglaterra (encarcelado en Cádiz, morirá allí en 1816). Al ejemplo de Caracas, Santa Fe de Bogotá constituyó una «Junta» el 29 de julio de 1810. Y a pesar de la derrota que le infligieron los realistas en Pasto en 1810, Antonio Nariño, amigo de Mutis, consiguió ser nombrado presidente de Colombia en octubre de 1811. pero no pudo resistir el contraataque español de 1812.

En Buenos Aires, el general Beresford, prisionero, propuso en vano, por el intermediario de Saturnino Rodríguez Peria (que iba a facilitar su evasión), una solución «a la portuguesa»: llamar a la princesa Carlota, hermana de Fernando VII, al poder en la Plata, como su marido, el regente Juan VI, en el Brasil (regalo púnico que la princesa misma rechazó). Entonces el virrey Hidalgo de Cisneros, de tendencias liberales y masónicas, difunde la noticia de la caída de la «Junta» de Sevilla (el 18 de mayo de 1810) y trata de apoyarse sobre el cabildo oficial y las provincias para mantenerse en cabeza de la Junta local. Pero, oponiéndose a esta maniobra, y apoyándose sobre los miembros de una sociedad secreta que ha formado alrededor de su periódico «El Correo de Comercio», los «patricios» de Cornelio de Saavedra, Castelli, Martín Rodríguez, etc., Manuel Belgrano impone la convocación de un «cabildo abierto» (pero tan cuidadosamente filtrado por la tropa que sólo 251 de un total de 450 fueron admitidos) (el 22 de mayo). Cabildo que debió inclinarse ante una petición y una manifestación popular el 25. Así fue depuesto el virrey y fueron designados como jefes de la Junta Saavedra y Mariano Moreno (1778-1811). Este abogado, célebre por su traducción del «Contrato social» y por su «Representación al virrey en pro de la libertad de comercio» (que los brasileños traducen en 1810), viaja en seguida a Inglaterra, acompañado por Matías Irigoyen, encargado de comprar armas y el material de una imprenta. En Chile, unos nobles españoles, dirigidos por el «conde de la conquista» Mateo de Toro y Zambrano, encabezaron la «Junta» el 18 de septiembre de 1810, a pesar de la oposición de Bernardo O'Higgins, hijo del virrey. Otro discípulo de Miranda, José Miguel Carrera, militar joven y fogoso, llegó a derribarlos el 4 de septiembre de 1811, pero gracias a sus diferencias con su jefe, el ejército real le derrotó en Roncagua.

La América central resiste a la agitación

En Centroamérica, ni las islas, Cuba, Puerto Rico (que van a servir de bases operacionales), ni los territorios de la capitanía general de Guatemala, se conmovieron (con excepción de la agitación provocada en El Salvador por el cura Delgado entre 1811 y 1814, y en Guatemala en 1813). Sus representantes en las Cortes de Cádiz eran españoles. En cuanto a Méjico, el movimiento de emancipación tuvo allí un carácter muy especial. Siendo la iniciativa del bajo clero, defensor de los indios y de los criollos, a la vez. El virrey Iturrigaray, «hermano masón», alentó la creación en 1808 de una sociedad secreta bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Guadalupe, la Virgen tan venerada en Méjico. Pronto los «Guadalupes» se infiltrarán por todas partes, especialmente en la prensa. En 1808, el padre Talamontes fomenta unos alborotos. Desde el púlpito, el 16 de septiembre de 1810, el cura Miguel Hidalgo y Castillo, adepto de las «ideas francesas», provoca la sublevación de los indios. Su horda indisciplinada, que el capitán Allende trata en vano de encuadrar, amenaza Méjico. El general Calleja derrota a los 40.000 insurrectos en Puente Calderón y se ejecuta a sus jefes a mediados de 1811. Nombrado virrey, hará ejecutar también en 1815 a otro cura, José María Morelos Pavón, que predicó la revuelta contra los «gachupines» (los españoles), se apoderó de Oaxaca y de Acapulco, hizo designar a un triunvirato por un Congreso republicano, llamó otra vez a los jesuitas (en octubre de 1814) y

pidió el apoyo de los Estados Unidos. Pero los «Guadalupes», que han conseguido excluir a los españoles de las elecciones del 29 de noviembre de 1812, salvan sus redes y sus inteligencias cerca del propio secretario del virrey, Joaquín Torres Torrijo, aunque su correspondencia haya caído entre las manos de Calleja, en Tlacopetec, en febrero de 1814.

Restablecido el orden por un general ambicioso, Agustín de Iturbide, ¿ofrecería Méjico a la dinastía española, atacada sin cesar por los complots masónicos militares, un refugio parecido al que la dinastía portuguesa había encontrado en el Brasil? Quizá, tal fue al principio la intención del general. Acercándose al jefe de pandilla Vicente Guerrero, concluyó con él, el 24 de febrero de 1821, el pacto de Iguala sobre la base: independencia, unión hispano-americana, catolicismo, y, el 27 de septiembre, el pacto de Córdoba con el general O'Donaju, de origen irlandés, masón conocido, nombrado bajo la presión de las logias españolas para reemplazar al virrey Apodaca. El 5 de enero el gobernador Gaínza se adhiere al movimiento; entonces Iturbide se proclama «emperador» el 18 de mayo y anexiona los territorios de Centroamérica. Pero estas regiones, a instancia del costarricense José Manuel Arce, se apartan de su Imperio para constituirse, el 29 de junio de 1823, en «Provincias Unidas» de América central.

El Brasil, refugio de la dinastía portuguesa

Blanco de los mismos ataques británicos y masónicos que los Borbones españoles, la familia real portuguesa intentó defenderse situándose a caballo sobre la metrópoli, campo de lucha militar, y su principal colonia de ultramar, el Brasil. Todo había empezado, allí también, por la creación, e iniciativa de Londres, y bajo la dirección de Egaz Muñoz, de una Obediencia masónica, el Gran Oriente de Portugal, que se hizo célebre (hasta en España, donde luego enjambrerá logias) por su celo revolucionario. Después del desembarco de Junot y de Wellington en la madre patria, Juan VI, regente durante la enfermedad de la reina María I, decidió marcharse al Brasil, acompañado por unas 15.000 personas (29 de noviembre de 1807-7 de mayo de 1808). Sin embargo, las provincias de ultramar conocían también alguna agitación. Poco después del tratado de Versalles de 1785 algunos estudiantes brasileños de la Universidad de Coimbra solicitaron la ayuda eventual de Thomas Jefferson y de la América inglesa. De vuelta en su país entraron en tratos con el alférez Joaquín José de Silva Xávier, llamado «Tirandetes», y desencadenaron un movimiento independentista de tipo masónico (su bandera llevaba un triángulo en su centro), que se terminó con la ejecución de este último. Bahía, cuyas logias eran muy activas desde 1797, conoció el año siguiente unos alborotos de mestizos y mulatos, los «alfaiates», pidiendo la proclamación de la República. La actividad de los clubs masónicos se reanudó más tarde en 1807, en Río de Janeiro, Bahía, con los «Caballeros de la Luz», y en Pernambuco, dentro del «Areópago». Pero el éxodo real, con permiso de Inglaterra, gracias a un flujo importante de capitales, fue la señal de un desarrollo económico muy notable, en el cual numerosos judíos participaron. Entonces se calmó la agitación, con excepción de un intento popular republicano (que pretendía nacionalizar el comercio exterior) en Recife el 6 de marzo de 1817, y fue pronto sofocado.

La independencia, impuesta desde arriba, resultó de las peripecias de la política portuguesa. Al estallar en Oporto el 24 de agosto de 1820 un movimiento antiabsolutista, el príncipe Pedro de Alcántara, regente, obligó a Juan VI a volver a Portugal el 21 de abril siguiente. Pero, aunque la guarnición de Río haya jurado la Constitución en febrero de 1821, la «Legión» forzó al regente el 5 de junio a destituir a su consejero liberal Dos Arcos y, apoyado por las milicias de criollos, don Pedro se negó a abandonar el Brasil y obligó al general Avilez a reembarcarse el 16 de enero de 1832. Se proclamó independiente el 7 de septiembre, emperador el 12 de octubre, y después de hacer dimitir a su consejero íntimo José Bonifacio, un liberal moderado, impuso una nueva Constitución el 25 de marzo de 1824.

Bolívar reanuda la lucha en el Norte

Por otra parte, como nada definitivo se había conseguido en 1812 en los otros países sudamericanos y como el gobierno restaurado en Madrid, por débil que sea, podía permitirse el envío de refuerzos, fue una verdadera guerra, por mucho tiempo indecisa, la que tuvieron que entablar, Bolívar en el Norte y San Martín en el Sur, para conseguir, con el apoyo de Inglaterra y la complicidad de las logias españolas, su independencia. Nacido en Caracas, en una rica familia de plantadores, formado por Andrés Bello y Simón Rodríguez, Bolívar se adhirió en 1803 a la logia americana de Miranda (lo que no le impidió entregar a su jefe a los españoles en 1812, como lo hemos visto más arriba). Después de este fracaso, los «patriotas» buscaron refugio, unos en Curaçao, otros en Trinidad, posesiones holandesa y británica. Salieron de estas bases al año siguiente para desembarcar en Cartagena (Colombia). Y después de declarar una lucha a muerte a Trujillo el 15 de junio, Bolívar entró en Caracas el 7 de agosto de 1813 como un libertador. Pero la reacción fue brutal en el interior del país: en los llanos de Orenoque, los temibles lanceros de Boves y de Morales maltrataron a los «patriotas» en la Pacata en junio de 1814, en Maturin y Urica (donde Boves fue asesinado) el 5 de diciembre de 1814. Bolívar se fugó a la Jamaica (inglesa). Todo quedaba por empezar. Mandando 13.000 hombres de refuerzo enviados por Fernando VII (que había restablecido su autoridad y abolido la Constitución de 1812), el marino Morillo empezó a restaurar el orden (sin ferocidad, inútil por otra parte). Volvió a ocupar la isla Margarita, Caracas, Cartagena (que resistió desde agosto hasta diciembre), Santa Fe de Bogotá (donde manifestó más severidad, y se enlazó con Quito. Cayeron las cabezas de Lozano y de Torres Caldas (el 30 de octubre de 1816). Sólo Santander se mantuvo escondido en los bosques de Casanare.

No obstante, Bolívar, en el momento en que escapó de un atentado en su refugio, redactó un programa de federación de las Repúblicas sudamericanas y se dispuso a entrar otra vez en campaña. Con la ayuda de Petion, de Haití, ocupó Angostura en julio de 1817, hizo adoptar a Cariaco una Constitución federalista y no vaciló en ejecutar a Piar (el 16 de octubre de 1817). Pero si su amigo Páez venció a la caballería realista en Mucuritas, él mismo fue derrotado por Murillo en la Puerta. Entonces, en el momento en que fue proclamado en Angostura presidente del nuevo Estado venezolano, llamó a oficiales ingleses o irlandeses para reorganizar su ejército; siendo su

propio ayudante de campo un irlandés, O'Leary. Y aprovechándose de la derrota infligida por Páez a Murillo en las Queseras en abril de 1819, cruzó de improviso los Andes y apareció en Colombia. Victorioso en Tunja, en el pantano de Vargas (el 6 de julio) y en Boyaca (el 7 de agosto), hizo su entrada en Bogotá el 10; se estableció en Santander en el gobierno de Nueva Granada y, el día de su cumpleaños, el 17 de diciembre, fundó la «Gran Colombia», que va englobar a Venezuela. En noviembre de 1820, después de concluir un armisticio de seis meses. Murillo volvió a España. Maracaibo se sublevó y Caracas capituló. Como también La Guayra y Cartagena, después de la derrota infligida por Bolívar al general La Torre en Carabobo, el 24 de junio de 1821. Entonces se extendió el nuevo Estado, adhiriéndosele el istmo de Panamá en el Norte el 28 de noviembre, y en el Sur, en el Ecuador, Guayaquil, que se declaró libre el 9 de octubre de 1820. Pero Quito siguió resistiendo, ya que Sucre, teniente de Bolívar, victorioso en Iaguachi (en la mitad de 1821) y derrotado en Ambato por el general Tolra, firmó un armisticio en noviembre de 1821.

Durante esta fase decisiva de sus campañas, la acción de Bolívar fue singularmente facilitada por la confusión que prevalecía en España, donde incesantes movimientos militares, masónicos, paralizaban al gobierno. Cuando la Corona española, neutralizada por la revolución de 1820, conseguirá restablecer el orden con la ayuda francesa en 1823, ya será demasiado tarde para restaurar su autoridad en el nuevo continente. El daño está hecho, al que las logias españolas, supeditadas a Inglaterra, especialmente la de Cádiz, habían contribuido tan ciegamente. No consistió sólo en alentar la revuelta a través de sus propagandistas, los Morin, Cerneau y La Motte, por ejemplo, a provocar defecciones en el Ejército y sobre todo en la Marina (como las del capitán don Miguel de la Sierra, que entregó sus trece navíos a insurgentes de la Plata, de Luis Coy, en Callao, del capitán Espino, en el golfo de Méjico, del capitán Capaz, en Talcahuano), o en reclamar la destitución de los virreyes o generales demasiado enérgicos y su reemplazo por unos «hermanos» dispuestos a pactar con los revoltosos. Ha sido todavía mucho más directa.

...Y San Martín en el Sur

Fueron la logia «Americana» de Londres y la «Lautaro» de Cádiz, las que designaron en 1812 al general español San Martín para encabezar la revuelta en el Sur del continente, como a Bolívar en el Norte. Cadete a los once años, coronel a los treinta, condecorado en Bailén, este misterioso templario de la Masonería cumplió con su misión, con la más total devoción y abnegación. Cuando llegó a Buenos Aires la situación era de las más confusas. En todas partes reinaba la división: entre los «patriotas» moderados de Saavedra y los radicales revolucionarios de Alvear; entre la «Acción Patriótica» y la logia «Lautariana», filial de la de Cádiz; entre «unionistas» y «federalistas» (las provincias orientales en poder de Artigas»). Para asentar su autoridad, San Martín multiplica las logias «lautarianas» (de las cuales era el emisario). Luego atacó Montevideo. Después de los éxitos de Belgrano y Rondeau en el Cerrito (1812) derrotó a los refuerzos españoles, el 3 de febrero de 1813, apoyado por la escuadra del «argentino» Brown, ocupó la

ciudad en 1814. Pero Alvear, reunido con Artigas, alentó las tendencias autonomistas en las provincias orientales. A pesar de la derrota de Viluma (en noviembre de 1815), el Congreso de Tucumán proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata (Uruguay) el 9 de julio de 1816. No obstante, Artigas, abandonado por Buenos Aires y con el único apoyo de los indios, no pudo resistir los ataques de sus vecinos portugueses del Brasil en enero de 1817. Tuvo que entregarse en 1820 al doctor Gaspar Rodríguez de Francia, el cual, después de rechazar a Belgrano en Tacuari el 9 de marzo de 1811, proclamó la independencia del territorio de las Misiones (Paraguay) el 14 de mayo, estableció allí su dictadura (1813-14), que perduró hasta su muerte (20 de septiembre de 1840).

En cuanto a Chile, Alvear Alvear maniobraba también con el extremista Carrera, cuyas peleas con O'Higgins causaron la derrota de los «patriotas». Para vigilarle, la logia «Lautaro» nombró una «Junta de Observación», lo que permitió a San Martín organizar, alrededor de sus «granaderos» argentinos, con los restos de los insurgentes chilenos y peruanos un «Ejército de los Andes». Después de preparar el terreno entre los indios araucanos y los criollos, engañó al adversario con unos golpes de mano en varias direcciones, y cruzó las montañas en dos puntos (Uspallata y las Heras) en enero de 1817. Venció a los españoles de Marco del Pont en Chacabuco, el 12 de febrero. Ocupó Santiago, donde estableció a O'Higgins como «Director supremo». Y a pesar de dos fracasos en Talcahuano (en octubre de 1817) y en Cancha Rayada (en marzo de 1818), después de un éxito en Maipú, cerca de la capital, el 5 de abril, obligó a Marco a capitular. Antes de caminar hacia el Norte al largo de la costa, se aseguró del concurso de lord Cochrane, un escocés expulsado de la Marina inglesa en 1814, pasado al servicio de Chile desde 1817, que persiguió a los buques españoles, penetró en la bahía del Callao, para saltar al abordaje de la «Esmeralda» y ocupó Valdivia en febrero de 1820.

Sólo resistía el Perú, último reducto de España en América del Sur. La «escuadra libertadora» de Cochrane desembarcó las fuerzas de San Martín en la bahía de Paracas (el 7 de septiembre de 1820). Como la propaganda había sido muy eficaz, el batallón «Numancia» se sublevó, las tropas españolas destituyeron al virrey Pezuela, sucesor de Abascal, para reemplazarle por La Serna, dispuesto a negociar en Punchauca en mayo de 1821 un plan nebuloso de monarquía autónoma. Se aprovechó de este acuerdo San Martín para penetrar en Lima el 9 de julio y proclamar la independencia del Perú el 28. «Protector» de su nueva conquista, podía contar con el apoyo de los generales criollos Gamarra, Lamar, Santa Cruz, tránsfugos del ejército español, y de numerosos indígenas, pero sus relaciones con Cochrane eran pésimas, se separó de su teniente argentino Monteagudo y se asustó de las posibles reacciones de la Santa Alianza. Entonces convocó en Lima, el 20 de septiembre de 1822, un Congreso constituyente. Entretanto se reunió con Bolívar en Guayaquil el 26 de julio. Pues todas las fuerzas de los insurgentes, Santa Cruz, los granaderos argentinos, el general Córdoba (procediendo de Panamá, vencedor del general Aymerich en Pichincha el 24 de mayo) ahora convergiendo hacia el alto Perú y el Ecuador, para ayudar a Bolívar (victorioso en Bombona en abril), le facilitaron su entrada en Quito el 16 de junio. Pero el ardiente libertador no vaciló en anexionar Guayaquil a su

Gran Colombia, desafiando así a los peruanos. Desinteresado, San Martín, antes de aceptar el desafío, prefirió retirarse (morirá en Boulogne-sur-Mer, ciego, en 1858). Entonces se juega el último acto. En un supremo sobresalto el general español Valdez maltrata a Santa Cruz, Gamarra y la escuadra de Martín Guise en Torata (enero de 1823) y en Zepita (el 24 de agosto de 1823). Reocupa Lima y derriba a Riva Agüero que, aboliendo el triunvirato establecido por Bolívar (1 de septiembre de 1823), asume la dictadura en febrero de 1824 y ejecuta a los otros dos presidentes (Riva Agüero y el marqués de Torre Tayle). Su general Sucre, con la ayuda de Lamar, de Carbajal, del irlandés Miller y de la escuadra de Suárez, derrota a los realistas de Canterac en Junin (el 6 de agosto de 1824) y, el 8 de diciembre, gracias a la impetuosidad del colombiano Córdoba, en Ayacucho, también vence a las tropas de Valdez y de La Serna. La escuadra española zarpa en abril de 1825. Ultimo reducto, los castillos del Callao ofrecen una resistencia desesperada hasta enero de 1826.

Vasallaje económico, precio de la libertad

Al parecer independientes, Centro y Suramérica tan sólo habían cambiado de amos. Al señorío político de España se sustituyó el predominio económico y financiero de Inglaterra y luego el de los Estados Unidos. En el Congreso «anfictiónico» convocado en Panamá por Bolívar en 1827 (2) no se impuso la idea de una federación continental, tal que la propuso el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurra y Encalada, discípulo de Rousseau, en 1826. Le son hostiles el Paraguay, las Provincias Unidas (Argentina) y el Brasil. Se recelaba del bloque Méjico-Centroamérica-Venezuela, Ecuador y Perú, bajo la autoridad de Bolívar. Los Estados Unidos temían por su parte la propaganda en favor de las conspiraciones de los «Carbonari», de «los de la Cadena», de los «Rayos y Soles» de Bolívar, de la «Junta protectora de la Libertad» de Méjico, en las islas: su hora todavía no ha sonado en el reloj. Pero en Bogotá, capital de Bolívar, los ingleses pululaban. Eran el «tesoro» de las nuevas Repúblicas; las misiones se sucedían en Londres, buscando créditos. Paroissien y García del Río, en nombre de Riva Agüero, tratando de obtener un préstamo de 1,2 millones de libras al Perú; Isirarri para Chile, etc. En compensación, como lo escribe el historiador sudamericano Luis Alberto Sánchez: «El primer medio siglo de libertad significa en nuestra historia el predominio y la casi hegemonía del capitalismo inglés». Los ferrocarriles, los transportes marítimos, el monopolio de cien productos, la preferencia en los intercambios, las deudas con cuantiosos intereses, a través de sus avisos y hasta de su acción determinante en la vida política de los Estados, Inglaterra lo controla todo, lo maneja todo. Vasallaje económico, con el colorario de una mayor explotación social, siendo los criollos (una vez abolida de legislación protectora de España) propensos a aprovecharse de la situación, partiendo entre ellos no sólo los bienes confiscados de los

(2) Como ha reaccionado contra Miranda, Bolívar no vaciló en condenar la Francmasonería, que prohibió, con las otras Sociedades secretas, el 8 de diciembre de 1828, en Colombia, acusándolas de servir «para preparar trastornos políticos, perturbando la tranquilidad pública», según Alberto J. Triana, «Historia de los Hermanos Tres Puntos», Buenos Aires, páginás 44 y 45.

españoles y de las Ordenes religiosas (en cabeza los jesuitas), sino gran cantidad de tierras y bienes, en detrimento de los indios. Tal fue el balance de la emancipación.

Penetración yanqui en México

Hasta que intervenga y luego que se imponga el potente vecino del Norte, los Estados Unidos, cuyo empujón se extendía ya con todo su peso sobre Méjico. Después de obligar a Iturbide a exiliarse el 11 de mayo de 1823, el general Antonio López de Santa Ana, con la ayuda del ex-sacerdote Mier, le hizo fusilar, cuando intentó volver a su patria (el 19 de junio de 1824). Luego, durante diez años, en medio de una anarquía general, hizo y deshizo a los presidentes, alternando en el poder las dos Obediencias masónicas rivales, logias escocesas y rito de York (más revolucionario de tendencias este último). Gracias a un «pronunciamiento» de Santa Ana, al presidente Manuel Feliz Fernández (el 10 de octubre de 1824), sucedió en 1828 Guerrero (Gran Maestre del rito de York), después de derrotar a Nicolás Bravo, vicepresidente (y Gran Maestre del rito escocés), que apoyaba la candidatura de otro «escocés», Gómez Pedraza. Pero cuando el vicepresidente Bustamante mandó fusilar a Guerrero en 1831, Santa Ana se volvió contra él y empujó en la presidencia al «escocés» Gómez Pedraza (1832), cuyo vicepresidente, a la vez que incrementaba el clero secular, luchaba en contra de las Ordenes religiosas y preparaba la distribución de sus bienes.

Ahora bien, el verdadero papel de la Masonería de York —introducida por Joel R. Poinsett en 1825— era el de preparar el camino a la infiltración anglosajona. Después de adquirir Luisiana, ocupada el 20 de diciembre de 1803, los Estados Unidos se apoderaron, durante su segunda guerra contra Inglaterra en 1812, de la Florida y mediante el pago de una indemnización de cinco millones de dólares a España en 1819 se mantuvieron allí con la condición de renunciar formalmente a sus pretensiones sobre Texas. Luego, en 1821, intentaron firmar con Manuel Torres un pacto de unión continental. Y mientras Scott amenazaba con reconocer sólo a los estados «capaces de gobernarse», Monroe, temiendo las reacciones de la Santa Alianza, proclamó solemnemente el 2 de diciembre de 1823 que «los continentes americanos, dada la condición libre e independiente que conquistaron, no podrán en el futuro ser colonizados por cualquier potencia europea».

Por otra potencia europea, de acuerdo, ¿pero por otra potencia americana? El espectáculo no tardaría en ofrecerse. En este mismo Texas, donde el virrey de Méjico toleró que se establecieran unos colonos norteamericanos, católicos en su mayor parte, conducidos por Moisés Austin. Caído prisionero entre sus manos en San Jacinto al tratar de reprimir una revuelta entre ellos, Santa Ana se vio obligado a reconocer la autonomía de la provincia en 1836. Como un primer paso. Porque en 1845 estos colonos pidieron su anexión por los Estados Unidos. Se entabló un conflicto en el cual, aunque el ejército mejicano se comportó bien frente a las tropas del general Taylor en Angostura en 1847, la escuadra americana de Scott cañoneó a la de Veracruz, que capituló. Y vencido en el Cerro Gordo el 2 de febrero de 1848, Santa Ana cedió a los Estados Unidos, por el tratado de

Guadalupe-Hidalgo, Texas, California, Nuevo Méjico, etc. Así se concluyó la empresa masónica, pérfidamente montada por Talleyrand.

España, neutralizada por la Francmasonería

Sólo había sido posible, por culpa de la política podrida de la península, de la desintegración, de la anarquía, del trabajo de termitas cumplido desde 1804 y 1808 por las logias de todo tipo, sean de influencia inglesa o francesa, civiles o militares. Como, después de la desbandada del rey José, su Gran Oriente (francés) no tenía más razón de ser, Azanza, soberano gran comendador del Supremo Consejo de los 33° desde el 4 de julio de 1811, dejó su martillo en 1813 en manos de su lugarteniente don Agustín Argüelles, el «divino» orador de las Cortes de Cádiz. Terminada la guerra de Independencia, la Masonería española rehacía su unidad. Como es natural, dirigía sus primeros esfuerzos al reconocimiento por el rey restablecido de la Constitución votada en Cádiz. El duque de San Carlos, al tratar de negociar con la Regencia de Aranjuez (entre el 9 de enero y el 12 de febrero de 1814) las modalidades de aplicación del tratado de Valençay de 11 de diciembre de 1813, tropezó con una decisión de las Cortes en este sentido, tomada en Madrid a instigación de Martínez de la Rosa, el 2 de febrero. Obligado a andar con rodeos, Fernando VII, salido de Valençay el 13 de marzo, para llegar a Figueras el 23, se negó en Daroca el 11 de abril a prestar el juramento que se le pedía (como le aconsejaban Palafox y el duque de Frías), porque obtuvo el apoyo del conde de Montijo y de su Obediencia tradicional, y más tarde en Valencia (donde Pedro Macanaz y el canónigo Ezcoiquiz le organizaron una recepción triunfal) la ayuda eficaz del capitán general, don Francisco Javier Elio. Así fortalecido, pudo permitirse, al volver a Madrid, gracias a la habilidad maniobrera de San Carlos con los diputados y a la consumada experiencia del conde de Montijo en materia de manifestaciones populares, restablecer el absolutismo, el 11 de mayo, anulando los decretos de la Regencia, disolviendo las Cortes, exiliando a unos 32 políticos, «hermanos masones» en su mayoría (los ex-regentes Ciscar y Agar, Argüelles, Larrazábal, Villanueva y Calatrava, el conde de Toreno, etcétera), e intentando prohibir, el 24 de mayo, las «tenudas» de logias. El 12 de mayo, con el manifiesto de los «Persas», 69 diputados realistas se adhirieron a él y se formó el 7 de julio de 1814 un gabinete presidido por San Carlos, secundado por don Pedro Macanaz y por el general Eguía, comandante de la guarnición de Madrid.

Así el rey, quizá, se apuntó una ventaja, pero la Masonería, por lo tanto, no era domada. Todo lo contrario, era en todas partes presente, en el gobierno como en el entorno real: don Pedro Ceballos en Asuntos Exteriores (del 16 de noviembre de 1814 al 30 de octubre de 1816); don Juan Esteban Lázaro Torres (iniciado en París en 1791, invitado por las logias de Cádiz), ministro el 29 de enero de 1817; don Pedro Macanaz; don José García Pizarro; el general Ballesteros en Guerra; don Martín Garau en Hacienda; el general O'Donnell, conde la Bisbal; el marqués de Mata Florida; el almirante Cayetano Valdés; el doctor Luque, médico del rey, etc., sin olvidar a Montijo, que, gracias a su doble juego, se mantuvo como capitán general de Granada. Masones de Corte y logias activistas prestándose un apoyo mutual, y las primeras protegiendo a las otras, principalmente militares.

A pesar del fracaso de las conjuras militares...

Entre 1814 y 1820, se suceden más de quince conjuras militares. Lleva sus frutos la propaganda masónica por la que se adoctrinó a los 4.000 oficiales españoles prisioneros durante su cautiverio en Francia. Tentativas de asesinato del general Elío (12 de julio de 1814) y de Enrique O'Donnel, considerado como poco seguro; de sublevación en Cádiz (27 de agosto) y en Madrid (10 de septiembre) en favor de Carlos IV y del restablecimiento de la Constitución, a instigación de don Juan Feliz Rodríguez, seguido por la detención de 80 liberales (en la noche del 16 al 17 de septiembre); tentativa de don Francisco Espoz y Mina, decepcionado después de su entrevista con el rey en julio, para apoderarse de la ciudadela de Pamplona (será destituido el 17 de septiembre); conjuración en el «Café de Levante», en Madrid, al principio de mayo de 1815, en favor de Napoleón, durante los Cien Días; tentativa de revuelta en La Coruña y El Ferrol, en Galicia, fomentada por el ex-cabecilla de guerrilla don Juan Díaz Porlier, «el marquesito» (pariente del conde de Toreno), detenido el 23 de septiembre y ahorcado el 3 de octubre de 1815; conjuración del comisario de Guerra Vicente Ricard, un republicano que formó unos grupos de tres adheridos secretos para asesinar al rey (denunciado, y torturado, fue ahorcado). Comprometido en esta ocasión, don Antonio van Halem (ex-protegido de José Bonaparte, que traicionó a Suchet durante la retirada de Cataluña, al provocar la evacuación de Lérida y Monzón mediante falsas órdenes, y al tender una emboscada en el desfiladero de Martorell) será el animador de todos los complots de Levante, que financia desde Gibraltar el banquero judío Benoltas, detentor de los fondos de la Masonería española. Detenido el 8 de diciembre, encarcelado en Marbella, van Halem será salvado por Montijo, que instaló en Granada, sede de su capitanería, el centro del Gran Oriente. Mientras tanto, en Cataluña, el general Luis Lacy fracasa en su tentativa para sublevar la guarnición de Tarragona el 5 de abril de 1817 (será fusilado en Palma el 5 de julio, a pesar de los esfuerzos del general Castaños, comandante de la región, para salvarle, en tanto que su cómplice, Francisco Miláns, consigue escapar). Por su parte, van Halem, secundado por el brigadier Torrijos y el oficial de artillería don Ignacio López Pinto, intentó crear en Murcia una logia extendida a todas las guarniciones de Levante: Alicante, Cartagena, Orihuela. Se encarcela a unos afiliados en Murcia el 28 de diciembre de 1817, así como al magistrado Romero Alpuente. En cuanto a van Halem, transferido a Madrid, obtuvo una audiencia del rey (no obstante sufrió torturas en un brazo), antes de escapar con la complicidad de sus «hermanos» y de ser recogido en Alcalá de Henares por el coronel de Ingenieros don Facundo Infante (futuro presidente del Congreso en 1854-56). Pero al fin Montijo, demasiado comprometido, perdió su mando, y la sede central de la Masonería fue transferida a Madrid.

Pero continúa la conjuración. En Valladolid, don Eusebio Polo se encuentra con el ex-guerrillero Juan Martín, «el Empecinado», y Joaquín Vidal (1818). En Valencia, este último, con el apoyo de don Diego Calatrava y del general O'Donnell, segundo comandante de región, prepara todo para un atentado contra el general Elío, capitán general (el 1 de enero de 1819). Escapa por milagro y los conjurados son descubiertos, Vidal ahorcado, 17 fusilados y otro se suicidó. En consecuencia, Montijo, detenido en Madrid,

es encarcelado en Santiago. Entonces se forma el proyecto de desencadenar una revuelta del cuerpo expedicionario que, bajo el mando del general O'Donnell, conde de la Bisbal, se destina como refuerzo a América. Don Francisco Javier Isturiz, organizador de un «Capítulo Soberano» masónico, es el animador de este complot, en el cual participan Antonio Alcalá Galiano y un neo-cristiano (judío converso), don Juan Alvarez y Méndez, llamado Mendizábal (dependiente en el banco Bertrán de Lis, luego proveedor del ejército de Andalucía, se asoció en Cádiz con un coronel por el favor de Soult en 1811, que trafica con la Habana y Méjico, antes de establecerse como banquero en París). Pero la trama transpira, y O'Donnell, por miedo, manda rodear las tropas en una revista el 8 de julio en el Palmar del Puerto de Santa María y detener a los más comprometidos entre los jefes: Arco-Agüero, San Miguel, Roten, Quiroga, etc. Vana palinodia que no le permite escapar de la destitución. Unos meses más tarde, el 22 de noviembre de 1819, don Manuel Latre, mayor de un batallón en La Coruña, intenta levantar con falsas convocaciones a unos «provinciales» de Galicia.

... La Masonería hace su revolución

Aleccionada por el fracaso lamentable de estas tentativas esporádicas, mal sincronizadas, seguidas sin entusiasmo por la tropa y desprovistas de eco en el público, la Masonería, según su costumbre, organiza un «Gran Oriente» nacional, encargado especialmente de preparar la revolución. Un «Apunte histórico», acompañado de una petición de reconocimiento dirigida por el Oriente de Gravina a los Supremos Consejos en 1881, nos ofrece una relación, sobre la marcha, de esta maniobra. tan clásica en los anales masónicos. «Porque no era conveniente, dice el texto, que una empresa imposible de realizar sin derramar la sangre, parezca preparada en los santos templos, maculando la santa espada de la Orden, se formó el plan de una organización provisional, destinada a conquistar la Libertad que la Orden necesitaba». Recibió el nombre de «Gran Oriente Nacional», cambiando el nombre de logias por el de «Torres». el de capítulos en «Castillos», el de Cámaras en «Alcázares», y se creó, en vez del Gran Consistorio de los Príncipes del Real Secreto, un «Gran Campamento» de Villalar. Así nació, según el ejemplo de las logias extremistas de Cagliostro y del Oriente de Azanza en 1804, el movimiento paralelo revolucionario, de reclutamiento popular llamado, en recuerdo de Padilla, los «Comuneros de Castilla» (cuyo primer vigilante, el esquilador de lana Pinillos, emcabezó la revuelta de Avila en 1820). Sus 49 «Alcázares» van a reagrupar a unos 10.000 afiliados, cuadros de una masa cinco o seis veces mayor de extremistas.

Entonces se reanima como nunca la agitación y, el 1 de enero de 1820, en Cabezas de San Juan, don Rafael de Riego da la señal de la revuelta, provocando el motín de 1.600 hombres destinados a América. Pero cuando llega a Córdoba, no le quedan más de 500, y debe renunciar a penetrar en la ciudad. No obstante, la reacción ha sido nula y esta vez el movimiento se propaga. En la otra extremidad de la península, Galicia se mueve. En La Coruña, el 21 de febrero, el coronel de artillería Carlos Espinosa amenaza y reduce a su jefe, el general Venegas. Se constituye una «Junta» que dirige el ex-regente don Pedro Agar, se ocupan El Ferrol, Vigo y Santiago, se libera a

Montijo y a los ex-cómplices de Porlier. El 5 de marzo, le toca el turno a Zaragoza; allí la Masonería tiene profundas raíces (desde los tiempos de los condes de Fuentes y de Aranda). Luego, Navarra y Cataluña: Mina hace su entrada en Pamplona, y el 9 de marzo la guarnición de Tarragona se rebela. A consecuencia de la decepción del conde la Bisbal, que sublevó en Ocaña (a 63 quilómetros de Madrid) el regimiento mandado por su hermano, en vez de dedicarse a reprimir la revuelta en Andalucía, Fernando VII llamó al general Ballesteros, aceptó la Constitución (7 de marzo) y convocó las Cortes para el 9 de julio.

Desde Mallorca, donde había sido desterrado desde 1818 (anteriormente, había sido condenado a ocho años de cárcel en Ceuta, el 15 de diciembre de 1814), don Agustín Argüelles vuelve para hacerse cargo del gabinete, con don Eusebio Polo, el brigadier Torrijos, don Juan O'Donaju, don Evaristo San Miguel y don Facundo Infante. Con Argüelles —estudiante en Oviedo, protegido de Jovellanos, mandado a Inglaterra por Godoy en 1806, amigo de lord Holland, de vuelta a España con la misión del conde de Toreno en 1808— la Masonería se apodera del gobierno (en abril de 1820)... y pone mantequilla en su pan. Mientras reconstituye el Supremo Consejo, con el conde de Toreno, Martínez de la Rosa, Canga-Argüelles, ministro de Hacienda, el capitán Capaz, Mendizábal, Morillo, don José Campos y Lozano Torres, y mientras el conde de Montijo recibe el mando de un regimiento de la Guardia, él y sus amigos empiezan a derrochar el dinero. Da el ejemplo Argüelles atribuyéndose 60.000 reales, ¡en compensación de su salario de ministro perdido desde 1814! Por su parte don Domingo Lozano de Torres, tesorero de Hacienda, «extravía» 80 millones de reales, ¡que reciben las cajas del Gran Oriente! En cuanto a Mendizábal, ¡ayer al borde de la bancarrota, se encuentra de repente a flote! ¡Caridad y Hermandad decididamente parece que andan del mismo paso!

Mientras tanto Madrid, con treinta años de retraso, imita las revoluciones de París. La gente invade las logias, echa los bofes en los cafés, sedes de las sociedades «patrióticas» (Lorenzini, La Cruz de Malta, San Sebastián, La Fontana de Oro, donde para el proveedor del Ejército Alcalá Galiano), gesticula en los clubs. Se ensaya el «terror». Después de la clausura de las Cortes, el 9 de noviembre, el capitán general don José Carvajal, nombrado el 16 por el rey sin el consenso del gabinete, mandó cerrar dos de estos cafés. Entonces el capellán don Matías Vinuesa, detenido el 21 de enero de 1821 así como el duque del Infantado, cae asesinado en su cárcel, con la complicidad de los guardias nacionales de la «milicia». Los Guardias de Cuerpo que reaccionaron en contra de los manifestantes el 4 de febrero, detenidos en un convento, temen conocer la misma suerte.

El 1 de marzo de 1821, cuando se reabre la sesión, Argüelles, encontrándose con un tesoro vacío, dimite y deja el mandil y el martillo de su Orden en manos de don Antonio Pérez de Tudela, que va a recoger los restos de la obediencia del conde de Montijo (1821-22). Durante su estancia en el poder intentó, sin embargo, restablecer el orden en Andalucía, donde el capitán general don Juan O'Donaju obligó a Riego, López Baños y Arco Agüero a inclinarse (8 de agosto de 1820). Entonces los jefes de los Comuneros desencadenan su ira (Flórez Estrada, Gutiérrez, Acuña, Meja, Riejo, Mina, Torri-

jos, Juragui, Piquero). El 4 de septiembre, en las Cortes, Isturiz grita: «¡la palabra 'rey' es anticonstitucional!», y añade Romero Alpuente, el 7, que «el pueblo tiene derecho a hacerse justicia y a ejercer él mismo su venganza». ¿No estamos oyendo a Robespierre, a Chabot o a Bentabole? Entre los dos clanes opuestos que se disputan el poder —en 1822-23, son 52 los masones y 21 los «comuneros» con escaño en las Cortes— un grupo moderado, recogiendo la antigua razón social de los Jacobinos la etiqueta de «Amigos de la Constitución» y conocido por el apodo de «anilleros», intenta contener la ola de anarquía en las provincias donde se producen alborotos de carácter socialista (Cádiz, Sevilla, Cartagena, Murcia, Alcoy, Valencia). Sus jefes, el autor dramático Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, el duque de Frías y Calatrava, apoyan al gabinete Feliú, Sánchez Salvador, Escudero, Bardají, etcétera, sin color muy definido, que sucede a Argüelles. Esta gente bien intencionada trata de restablecer el orden, destituye al general republicano Copons, gobernador civil, manda a su sucesor don José Martínez de San Martín cerrar los clubs, disuelve las Cortes, practica la candidatura oficial para su reelección, aleja de la capitanía general, para confinarle en Lérida, a Rafael de Riego (que conspiraba con unos refugiados franceses, Bessières, Uxon, Cugnet de Montarlot), destituye al capitán general Villalba (implicado, el 5 de mayo, en un intento de matanza en las cárceles —el Abuelo—, y el 6, en una revuelta de la Guardia). El 18 de septiembre una tentativa tragicómica de dos generales para conquistar el poder en Madrid concluyó en el lamentable fracaso de la batalla «de las Platerías».

Al final de diciembre, Martínez de la Rosa, alto dignatario de la Masonería (refugiado de Cádiz en Londres en 1810 y encarcelado entre 1814 y 1820), jefe de la fracción de los «anilleros», dirige él mismo el gobierno, con Moscoso de Altamira, Simón Pambley, Balangat, Garelly. Cuando presenta unas leyes restrictivas sobre la prensa, el derecho de petición y de reunión, las sociedades patrióticas y los «comuneros» organizan una «jornada» con la intención de asesinar a él y al conde de Toreno. A final de junio se reanudan los alborotos. El 30, la Guardia real abucheada por el populacho reacciona, matando a uno de sus oficiales, don Mamerto Landaburu, «comunero», que amenazaba a sus soldados con sablazos. Se dará el nombre de este «mártir» de la causa a un club patriótico, de tipo «Cordeliers», la «Sociedad Landaburiana», dirigida por Romero Alpuente, jefe de los «exaltados»; un club en el cual masones y comuneros, a veces se pelean y a veces se abrazan (los días 10 de noviembre de 1822 y 6 de febrero de 1823, por ejemplo: Argüelles y Alcalá Galiano) en una ilusoria reconciliación, porque los «exaltados» son todavía los dueños del terreno.

Después de estos incidentes del 30 de junio, cuatro de los seis batallones de la Guardia Real se retiran a El Pardo, a unos quilómetros de la capital. Pero vuelven durante la noche del 6 al 7 de julio, se sublevan en favor de la autoridad real, pero patalean y, a costa de un millar de víctimas, los milicianos de la guardia nacional, al mando del general «hermano» Ballesteros, consiguen reducirlos. No tuvo más suerte la reacción realista en las provincias del Norte. Allí Fernando VII mandó a un aventurero, Ugarte, con dinero para reclutar unos partisanos. Pero la «Junta de Bayona» del general Eguía registró un primer fracaso el 25 de diciembre de 1821. Luego Quesada,

con 1.500 hombres, se apoderó el 21 de enero de 1822 de la Seo de Urgel, donde el 15 de agosto el barón de Eroles, el marqués de Mata Florida y el arzobispo de Tarragona formaron una Regencia, pero los 20.000 hombres de Mina les expulsaron y les obligaron a retirarse a Puigcerdá el 10 de noviembre y a refugiarse en Perpiñán el 7 de diciembre. Alrededor del general Evaristo San Miguel, jefe de las logias militares, y «seudo-anillero», llamado a gobernar en julio de 1822, se reagruparon masones (Argüelles, Calatrava, Canga-Argüelles, etc.) y luego unos «comuneros constitucionales», disidentes dirigidos por el brigadier Palarea, gobernador civil de Madrid (22-24 de febrero de 1823). Estos «exaltados» amenazaron con invadir el palacio si el rey intentaba cesar el gabinete (19 de febrero de 1823), manifestaron su fanatismo anticlerical, aboliendo más de 73.000 empleos eclesiásticos, queriendo prohibir a los obispos el derecho de ordenar sacerdotes y entregando Cataluña a las exacciones y atrocidades de Mina y de sus lugartenientes.

La intervención francesa acaba con los desórdenes

En contra de estos excesos las potencias reaccionan. El ministro francés de Asuntos Exteriores, Mathieu de Montmorency, está decididamente en favor de una intervención. Pero encuentra una resistencia en Villèle, temeroso de comprometer su equilibrio presupuestario y de provocar reacciones de Londres, principal alimentador de las Cortes, que negocia una convención comercial con Madrid (15 de noviembre), y expresa por boca de Canning y de Wellington su descontento a París. Haciéndoles caso omiso, al abrirse el Congreso de Verona (21 de octubre de 1822), Montmorency solicita por nota verbal y obtiene el acuerdo sin reserva del zar, otro matizado de Viena y otro reticente de Prusia para el envío a Madrid de cuatro notas separadas pero concertadas, exigiendo la libertad de Fernando VII. Llamado entretanto a presidir el Consejo, Villèle le desautoriza, le manda volver (el 12 de noviembre) y, con el apoyo de Luis XVIII, le pide su dimisión el 25 de diciembre de 1822. Pero como su orgulloso sucesor Chateaubriand, se adhiere a su política, su demasiado cauteloso «primer ministro» se ve obligado a añadir a su presupuesto los créditos necesarios (30 millones para empezar), a aumentar hasta 110.000 hombres los efectivos del cuerpo de observación en los Pirineos (con 108 piezas de artillería), a dirigir al gobierno San Miguel-Argüelles, como las otras potencias (entre el 4 y el 6 de enero de 1823), una nota después de todo bastante firme, y a mandar volver, como lo hacen ellos, a su embajador.

Entonces se desencadena en París la jauría de la oposición, al servicio de la finanza inglesa, prediciendo las más catastróficas consecuencias. Aunque su «protegido» Adolfo Thiers, al volver de España, tenga una opinión muy distinta. Talleyrand esta vez se presenta como Casandra (pretendiendo, con impudencia, haber tratado de disuadir a Napoleón de intervenir antaño). Intrigan con él, el mariscal Soult, los generales Sebastiani y Foy, Molé, Dalberg y Stanislas de Girardin, en favor del duque de Orléans, en casa de la condesa de Bourcke, que no tardará en ser expelada. Por otra parte se reúnen en casa del banquero Laffitte (que financia las Cortes). La Fayette, Odilon Barrot, Béranger, Paul-Louis Courier, Guizot, el duque de Broglie y Casimir Périer, que siguen con prudencia el movimiento. La Bolsa baja,

cayendo el 5 % a 76 francos. En la Cámara, Manuel evoca la suerte de Carlos I de Inglaterra y de Luis XVI con tales amenazas, el 26 de febrero, que se echa de la sesión y el 4 de marzo, «manu militari» se le expulsa de la Asamblea. Pero los créditos pedidos (22 más 107 millones, entre los cuales 12 para el gobierno español y 23 para el «Ejército de la Fe») son aprobados por 219 votos contra 19, y en la Cámara de los Pares, por 212 contra 66.

El 7 de abril el cuerpo expedicionario, articulado en cinco cuerpos, más uno de reserva, al mando del duque de Angoulême, cruza el Pirineo. Con tres granadas de metralla se dispersa a unos 200 voluntarios franceses refugiados del coronel Fabvier, cuya «demostración» no encuentra ningún eco en el ejército real. Este cuerpo, convenientemente abastecido por el proveedor Ouvrard (en condiciones muy honestas por otra parte), consigue ganarse por su comportamiento ejemplar la simpatía de la población, que le acoge con entusiasmo. En frente, los milicianos le oponen poca resistencia. Al retirarse de Vitoria hacia Zaragoza, y luego Valencia y Granada, el general Ballesteros ha dejado abierto el camino de Madrid, donde el duque de Angoulême hace su entrada el 24 de mayo. La Bisbal capitula, mientras tanto, en el Noroeste, Pablo Morillo negocia, después de abandonar Valladolid y León, y su lugarteniente Quiroga, acompañado por sir Robert Wilson, se retira hacia La Coruña, ocupada el 21 de agosto. Hacia Andalucía convergen dos columnas francesas: la primera, maltratando a los milicianos, los «negros», en el desfiladero de Santa Cruz, penetra en Córdoba, mientras la otra, a través de Extremadura, rechaza al «Empecinado», ocupa el 24 de junio el Puerto de Santa María y amenaza Cádiz. Al abandonar Madrid, las Cortes habían encargado a Riego la tarea de escoltar a Fernando VII y de llevarle a Sevilla (el 22 de junio) y luego a Cádiz. Temiendo un instante por su vida en esta especie de «fuga de Varennes», el soberano, según dicen, se valió del signo de desamparo masónico. Pero la resistencia de Cádiz no perduró mucho tiempo. Después del fracaso de una tentativa de salida el 16 de julio, la caída del Trocadero (el 30 de agosto, con la pérdida de 500 hombres entre muertos y heridos y de 1.000 prisioneros), el ataque por el almirante Duperré del fuerte «Sancti Petri», que dominaba la rada (el 20 de septiembre) y el bombardeo de la ciudad, las Cortes se declararon disueltas (por 60 votos contra 30) y liberaron al rey Fernando y a su familia el 1 de octubre, mediante un cuantioso rescate. Entretanto, a través de su agente Elliot, Inglaterra había intervenido dos veces, la primera para pedir el mantenimiento de una Constitución liberal, y la segunda para «ofrecer» al rey un refugio en uno de sus buques. El duque de Angoulême se esforzó en prohibir unas detenciones arbitrarias (el 8 de agosto) y en obtener una amnistía del rey restaurado (hasta el punto de tolerar la huida de unos jefes rebeldes). Pero Riego, el instigador de la insurrección, fue ahorcado el 7 de noviembre de 1823. En cuanto a Mina, en Cataluña, fue más difícil reducirle. Había ensangrentado el país, matando a 24 vecinos de Manresa (el 17 de noviembre de 1822), diezmando la población de Castelfollit, ejecutando al obispo de Vich el 16 de abril de 1823, mientras el de Lérida conseguía escapar; sus lugartenientes Roten, saqueando San Lorenzo de Morunis, y Milláns rivalizaban en crueldad con el. Rechazados de Vich (el 25 de mayo) y de Mataró, resistieron en la ciudad y en la ciudadela de Barcelona hasta el 22 de octubre, antes de capitular el 2 de noviembre para buscar refugio en Londres. Cartagena se entregó el 5 de noviembre y Alicante el 12. En estas

provincias hacía poco tiempo que el «carbonarismo» había penetrado, introducido por Pechino en Valencia y en Andalucía, bajo forma de una organización llamada «Europea», por el general Pepe, y sobre todo en Cataluña, por los italianos Pachiaroti y De Atelly.

Para ayudar al gobierno de Fernando VII a restablecer el orden y restaurar su administración, Francia le consintió un crédio de 50 a 60 millones, sumándose a los 34 avanzados durante la lucha y se acordó (en la mitad de febrero de 1824) mantener un cuerpo de ocupación de 45.000 hombres, al mando de Bourmont, hasta 1828. Después de todo, la expedición, tan criticada, pero poco costosa, se saldaba con buenos resultados. Para España, la influencia británica prácticamente eliminada hasta 1846. La Masonería, disuelta por los decretos de los días 1 de agosto, 25 de septiembre y 9 de octubre de 1824 (aunque Francia se opuso al restablecimiento del Santo Oficio), por el momento decapitada, con sus jefes dispersados en el extranjero: el Supremo Consejero en Londres, con Argüelles, Cayetano Valdés, Canga-Argüelles y Alava; otros, Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, Yandola, el marqués de Pontejos, en París, manteniendo difíciles enlaces con Cataluña a través de Gibraltar y de Baleares. Para Francia: la oposición liberal desacreditada, reducida de 110 a 19 escaños en las elecciones del 6 de marzo de 1824, el ejército real templado por el éxito, y la independencia nacional confirmada, frente a una Inglaterra, demasiado pronta a mantener en tutela a los Borbones restaurados y a su administración.

Docilidad hacia la Alta Finanza

Restablecido en las condiciones más precarias, el gobierno real se encontró, sobre todo después de los Cien Días, en la más estrecha dependencia de la alta Banca y del gabinete de Saint-James. La gestión impecable de su hacienda debía satisfacer a la primera. Pero sus tentativas reiteradas para reconquistar su iniciativa diplomática tenía que indisponer al segundo. Cuando sus innumerables torpezas, las vacilaciones de su política interior (sobre todo en materia electoral), su completa inactividad social (tan contraria a las tradiciones de la monarquía) y su debilidad inexplicable hacia las sectas, dejaban entre las manos de sus adversarios todos los medios capaces de destruirla a la primera calaverada.

De espíritu sutil, cauteloso y vivo, en un cuerpo entorpecido por sus enfermedades, Luis XVIII, el rey gotoso, llevaba la huella de los años vividos en contacto con la oligarquía británica. Sin embargo, muy empapado de sus prerrogativas reales, hasta en unos detalles de etiqueta algo desusados, se negó a jugar el papel puramente decorativo de un soberano «a la inglesa» y supo mantener, en su «Carta» constitucional, a pesar de los consejos de Talleyrand, de Fouché y del Senado, una autoridad completa sobre sus ministros, así como la iniciativa de las leyes. Pero de instinto conservador, poco inclinado a las iniciativas sociales y de tendencias liberales, no se encontraba dispuesto a luchar contra las sociedades secretas, tanto menos porque quizá le molestaba el recuerdo de unas intrigas en las que participó el conde de Provenza en su juventud. Su afecto a unos favoritos, como el joven Elie Decazes —y luego Mme. du Cayla— facilitaron las maniobras de las sectas en su entorno.

Sobre las finanzas francesas, la empresa fatal de los Cien Días pesaba duramente. Durante la primera restauración, la recuperación había sido fácil. Caída a 45,25 el 29 de marzo de 1814, la renta había subido otra vez a 65 al principio de junio, luego a 78 y hasta a 80 el 30 de marzo de 1815. Los atrasados del Imperio no pasaban la cantidad de 503 millones. El presupuesto de 1814 se saldará con un déficit de 307 millones para nueve meses. Las previsiones para 1815 eran de 618 de ingresos y 547,7 de gastos (más 70,3 de atrasados). De este pronto restablecimiento se lleva el mérito el barón Luis (ex-consejero del Clero en el Parlamento de París, emigrado a Inglaterra y protegido de Talleyrand), cuyo adagio: «Si siguen una buena política, yo les daré buenas finanzas» ha quedado célebre. Sin embargo, su fama fue quizá exagerada, porque en el reverso de la medalla se hubiera podido inscribir: «a veces finanzas demasiado buenas conducen a una mala política». Porque las restricciones, draconianas y apresuradas, que practicó contribuyeron al malestar que permitió el retorno de Napoleón: supresión de unos 15.000 empleos civiles (por la reducción del Imperio de 130 departamentos al hexágono, numerosos funcionarios se encontraron sin puesto), jubilación o reducción a medida paga de 12.000 oficiales del Ejército, impago de las pensiones prometidas al ex-emperador y a su familia (5,5 millones), etc. Tampoco se respetaron las promesas del duque de Angoulême y del conde de Artois de abolir el impuesto muy impopular de los «derechos reunidos».

La liquidación del retorno de la isla de Elba iba a ser muy cuantiosa. A el sueldo y mantenimiento de los 150.000 hombres del ejército de ocupación (sucediendo a una horda de 1.200.000 invasores viviendo sobre el país de requisas, contribuciones cuando no de saqueos); más las indemnizaciones de carácter privado, hinchadas por los Aliados hasta la cantidad astronómica de 1.600 millones, reducidas por la convención del 25 de abril de 1818, gracias a la intervención de Pozzo di Borgo, y convertidas en la constitución de 12.040 millones de rentas, o sea 240 millones de capital (más tres millones a Inglaterra y uno a España), con un fondo de garantía de nueve millones. El sucesor del barón Luis (después del rechazo del gabinete de Talleyrand por la Cámara «inesperada», elegida el 19 de agosto de 1815), Corvetto, procedente del Banco de San Jorge de Génova, propuso cubrir estos gastos extraordinarios con la emisión de obligaciones al 8 % (dando en prenda la venta de 400.000 hectáreas de bosques), pero la mayoría rechazó esta proposición para no perder la posibilidad de devolver estos bienes a la Iglesia. Entonces, como recurso provisional, los acreedores del Estado recibieron un interés del 4 % sobre sus títulos (el 23 de marzo) y se siguió tirando, vendiendo rentas por un capital de 56 millones para cubrir el déficit de 1816 (379 millones: 1.087,8 millones de gastos y sólo 708,7 de ingresos). En consecuencia, la cotización de la renta, caída a 54 durante los Cien Días, después de relevarse, bajó de nuevo a 57,45 en septiembre.

Aprovechándose de estos apuros, la alta Banca internacional, siempre vigilante, impuso primero la clausura (el 29 de abril de 1816) y luego la disolución (el 5 de septiembre) de la Cámara «inesperada», demasiado indócil a su capricho, y propuso su propia solución. Respondiendo a proposiciones de Laffitte y de Ouvrard, Hope de Amsterdam y Baring de Londres, de viaje en París el 20 de enero de 1817, ofrecieron el 10 de febrero tomar

nueve millones de rentas (con una cotización nominal de 55 y real de 52,50) y luego 8,6 millones a 55,50 en abril más nueve millones a 61,50 en julio, con la participación de Perrégaux y de Laffitte. Combinación muy provechosa para la finanza cosmopolita, comprando con 301,8 millones de capital 26,7 millones de renta cuya cotización iba a subir a 67 y a 80 el 31 de agosto de 1818... y desastrosa para el Estado, que para obtener 187 millones debía reembolsar 384, más 17 millones de intereses al año; reanudando así con la tradición fatal de los empréstitos internacionales, de la cual el emperador había, celosamente, protegido al país.

Así se pagaba cara la reducción en una quinta parte del cuerpo de ocupación al 1 de abril de 1817. Y se engordaban los capitalistas extranjeros con un beneficio de cerca del 100 %, bien inútilmente, pues para una emisión de 14,5 millones de renta al 66,50 (el 15 de mayo de 1818) el mercado interior ofreció 163 millones. ¿Entonces por qué reincidir, dando preferencia a Baring y Hope sobre los banqueros franceses Casimir Perier, Tournon, Olivier y otros para la emisión, el 30 de mayo, a 66,50 de 21 millones de rentas para cubrir el pago de dos plazos anticipados de la indemnización de guerra (24 millones)? Cantidad que el tratado de Aquisgrán redujo (el 9 de octubre de 1818) a 12,3 millones de rentas, admitiendo que el resto, hasta 165 millones, sería cubierto por un pago de Baring y Hope, y el saldo por la remesa de 6,6 millones de rentas, correspondiendo (según la cotización de 75,57 el 5 de octubre) a una cantidad de 100. Con lo cual el tratado estipulaba la evacuación total del territorio francés para el 30 de noviembre, con dos años de anticipación. De la crisis de 1814-1815, Francia salía, al final de 1818, con la carga adicional de 95 millones de rentas y un presupuesto de 870 millones (en aumento de 70 millones sobre los presupuestos medios del Imperio), saldándose el de 1817 con 1.299 millones de gastos y 926 de ingresos; el de 1818 con 1.098 y 767,77; el de 1819 con 863,8 —entre los cuales 228 para el servicio de la Deuda— y 902,9 a pesar de unos 20 millones de descargos; el de 1820 un excedente de 38 millones con 913,3 de ingresos; el de 1821 con un excedente de 33,2 con 915,5. La renta, en baja hasta 71,75 el 31 de octubre y 62 el 14 de diciembre de 1818, por causa de realizaciones, no cesó de relevarse de tal manera que el 9 de agosto de 1821, los banqueros Hottinguer, Baguenault y Delessert se adjudican 9,5 millones de rentas por 164 millones, o sea a 85,55 de cotización, que dos meses más tarde llegará a 90.

Cuando, después del barón Luis en el gabinete Dessoles-Richelieu, y de Roy en el de Decazes y Richelieu, Villèle toma la cartera de Hacienda (el 13 de diciembre de 1821) y luego la presidencia del Consejo (el 4 de septiembre de 1822), Francia ha recobrado por completo su crédito. Hasta tal punto, que a pesar de los gastos de la expedición de España (de las exigencias de Ouvrard, que por la insuficiencia de la Intencia, han sido aceptadas), y del aumento de los gastos previstos (207 millones entre los cuales 31 recuperables, en vez de 100), siguen registrándose excedentes: uno record de 42,7 sobre 991,89 de ingresos en 1822; otro más modesto de 5,5 en 1823, y otro, medio, de 8,9 en 1824. Entonces Villèle trata de reabsorber los atrasados del Imperio, estimados en 350 millones, emitiendo 1,1 millones (el 9 de agosto de 1823) y 23 millones de renta (10 de mayo de 1824). En esta última operación Villèle (aunque se le consideraba hostil a los grandes capitalistas)

da la preferencia, contra Laffitte, a los Rothsschild, que disponiendo ya de un capital de 33 millones en Francia —y su rival sólo de seis— ofrecían la cotización de 89,55, ligeramente superior a la oficial, sin perder nada por otra parte, pues pasará luego a 92, a la paridad el 12 de febrero y hasta 104,80, el 5 de marzo.

Entonces, con toda lógica, el ministro de Hacienda, inspirándose del ejemplo inglés de conversión del 4 en el $3^1/_2$ %, considera la posibilidad de rebajar la renta del 5 % al 3 % a 75, lo que permitiría indemnizar parcialmente a los emigrados de sus bienes expoliados con esta economía de 28 millones. Sin embargo, para hacer frente a las eventuales peticiones de reembolso, se pone en contacto no sólo con Laffitte y otros banqueros nacionales, sino con los Rothschild (James en marzo, luego Nathan) y los Baring a los que propone garantizar 35 millones para suministrar eventualmente 370, de un capital total de 2.800 millones. La Cámara baja adopta el proyecto, por 238 votos contra 145, en mayo de 1824, pero los Pares (muy hostiles, como ya lo hemos dicho, a la Alta Finanza internacional dominadora) rechazan la operación por 128 votos contra 94, respondiendo a la llamada de Chateaubriand y del arzobispo de Quélen, que consideran el proyecto como perjudicial a los intereses de los 189.000 rentistas, parisienses en su mayoría (el 3 de junio de 1824). En febrero de 1825 se reanudó la discusión de la indemnización y se arregló —sobre la base de evaluaciones de 18 veces la renta— con la emisión de cerca de 26 millones de renta al 3 %, correspondiendo a un capital nominal de 866,5 millones pero sólo a un capital real de 630: ¡a eso se redujeron los «100 millones de los emigrados»! (el 27 de abril de 1825). En cuanto a la conversión, la ley del 1 de mayo de 1825 presentó a los portadores la posibilidad de escoger entre el $4^1/_2$ al par o el 3 % a 75. Con resultados mediocres, 30,5 millones rebajados al 3 % y un poco más de un millón mantenido al $4^1/_2$, con una economía de sólo 6,2 millones, y como la coyuntura internacional se veía comprometida por especulaciones arriesgadas sobre América del Sur, provocando el retroceso de los consolidados ingleses del 95 al 80 3/4, la cotización del 5 % francés cayó a 90-91 a final de noviembre y la del 3 % osciló entre 60 y 65, atemorizando a los Rothschild.

Pero la posición presupuestaria seguía muy satisfactoria. Un excedente de 3,5 millones sobre 985,6 de ingresos en 1825, otro de 6,1 sobre 983 en 1826. Con una sola excepción en 1827, un año de crisis saldada con un déficit de 32 millones. Pero los excedentes reaparecen: 8,7 millones en 1828 (a pesar de un crédito extraordinario de 71,3 millones para la expedición de Morea) y 1,5 en 1829. Sucesor de Villèle en el gabinete Martignac, Roy concluyó con los Rothschild en enero de 1830 un préstamo de 80 millones para la expedición de Argel (con la emisión de 3,134 millones de renta al 4 %, a 102,075; ofreciendo Mallet 98 y el judío español Aguado 97,55). En realidad el tesoro del Dey cubrió los gastos de la primera campaña (48 millones) y la venta de las mercancías embargadas procuró un beneficio de siete millones. De manera que cuando la monarquía restaurada tuvo que remitir su balance su deuda se reducía a 220 millones (entre los cuales 63,3 de compromisos anteriores) y sólo 170 en las manos de personas privadas, pues la Caja de Amortización, después de rescatar 53,8, conservaba 37,8 millones). Además

circulaban 7.271 millones de rentas vitalicias y la deuda flotante se cifraba en 270 millones.

En esta materia, la gestión del régimen había sido perfecta (pero demasiado avasallada por el capitalismo internacional). Secundado por d'Audiffret, Villèle completó la reglamentación heredada del Imperio por unas Ordenanzas célebres sobre la Contabilidad pública, incluida la de los municipios, y decidió liquidar los ejercicios al 31 de diciembre para el 30 de septiembre. Desde 1828 se votaron los presupuestos, para cada ministerio, en secciones y capítulos separados (lo que hacía más difíciles las transferencias). La confección del catastro se proseguía con 11.000 municipios terminados en 1821 y 21.000 en 1830. Los contribuyentes a la tasa territorial se beneficiaron de 92 millones de desgravaciones.

* * *

Miramientos para los «nantis»

Lástima que la actuación política del gobierno real haya sido más tímida y vacilante que prudente. En su afán de tranquilizar a los «nantis» (enriquecidos por la Revolución), que le son hostiles en su mayoría, no se atreve a conceder los derechos cívicos a unas capas más amplias de la población, dispuestas a apoyarle, cortándose muchas veces de sus aliados naturales, sin ganarse a los «liberales» a los cuales brinda concesiones que anula después y restringiendo sin cesar su clientela «ministerial», por fin se atasca y se deja arrastrar a unas medidas de fuerza, sin tener la suficiente autoridad para imponerlas.

La «Carta», redactada «a la inglesa», sin estipulaciones muy precisas, dejaba al rey con bastante facilidad de maniobra. Luis XVIII la utilizó con moderación. En la nueva Cámara de los Pares (integrada por 150 miembros en 1814) la mayoría de los antiguos senadores seguían con su asiento (93 y 10 mariscales), y contaban entre los 51 descartados, 20 representantes de los territorios abandonados. En 1815, se llegó a un total de 200, con 29 expulsados por su actitud durante los Cien Días (el 24 de julio) y 94 nuevos (designados el 17 de agosto). Por dos veces, el «gabinete» pidió al rey nombrar «hornadas» de pares: 59 en marzo de 1819 (a petición de Decazes, descontento, porque el 2 de marzo Barthélémy había pedido una extensión del cuerpo electoral) y 76 al 6 de noviembre de 1827 (a petición de Villèle que se había enemistado con Chateaubriand y los disidentes de la derecha sobre la censura).

En cuanto a la Cámara de los Representantes, su base electoral, según la Carta, quedaba muy restringida. Siendo las condiciones para ser elector, treinta años de edad y un censo de 300 francos, y para ser elegibles, cuarenta años y 1.000 francos: unos 15.000 «electores» designando a 262 diputados, ¡lo correspondiente a los «burgos podridos» de Inglaterra! Una cosa parecida a la Cámara de los Cien Días, nombrada por 7.669 «electores» sometidos a la presión de Fouché y del gobierno imperial. A pesar de mantener los colegios de distrito y de departamento, una real ordenanza, bajando la edad a

veintiún años para los electores y a veinticinco para los elegibles, incrementó el cuerpo electoral hasta el número de 72.000 inscritos, entre los cuales 48.000 designaron efectivamente 402 diputados, los días 14 y 22 de agosto de 1815. Fue la Cámara «introuvable» (inesperada). Integrada en su mayoría, no de revividos del antiguo régimen, como se dijo, sino por más de la mitad de elementos burgueses (con exclusión de cualquier representación del Clero), muy jóvenes en su mayoría (130 tenían menos de cuarenta y cinco años), dio prueba de un celo realista (que desmintió el pesimismo hipócrita de Fouché, según el cual apenas la quinta parte de los franceses aceptaba la monarquía) suficiente para provocar la dimisión de Talleyrand (el 21 de septiembre) y de su acólito, pero también el miedo del rey. De manera que su obra se limitó a votar unas leyes de orden público (de seguridad general, el 29 de octubre): sobre palabras sediciosas (el 9 de noviembre); sobre los tribunales prebostales (el 27 de diciembre), y sobre la amnistía (12 de enero de 1816), con vistas a poner fin a los arreglos de cuentas que acompañaron la liquidación del período de los Cien Días. Pero apenas intentó reformar la ley electoral, renovando la Cámara por completo cada cinco años en vez de por quinta parte cada año y bajando el censo a 50 y hasta 25 francos de contribución directa, se enfrentó con la Cámara de los Pares, cegada por su conservadurismo, que se opuso a un proyecto capaz de «ahogar» la burguesía seudo-liberal. Sus intenciones, presentadas en una nota de Vitrolles: «quería que la Cámara de los Pares sea la fuente de una nobleza independiente, que el Clero sea propietario y no asalariado, que unas Asambleas provinciales arreglen los asuntos locales, que se reorganicen los gremios en corporaciones»; este deseo de renovar las instituciones, pero manteniendo las tradiciones nacionales, chocaba contra las fuerzas ocultas, coaligadas del interior y del exterior. La representada por Decazes (de la logia «Anacreon», gran oficial del G. O. y G. M. del Supremo Consejo del rito escocés en septiembre de 1818), ex-consejero en la Corte de Justicia de París, ex-bonapartista (anteriormente al servicio de la señora madre Leticia Bonaparte), nombrado prefecto de Policía gracias a la protección del barón Luis, luego ministro, tan falso como insinuante, que se introdujo hasta en la intimidad de Luis XVIII. La de los banqueros cosmopolitas, los Baring y los Hope. Y la de los representantes de Inglaterra y de Prusia, Wellington y Hardenberg, ayudados por Pozzo de Borgo, que exigen a gritos la disolución de esta Cámara, verdaderamente «intolerable», y que la obtienen, el 5 de septiembre de 1816, de Luis XVIII y de Richelieu, demasiado honesto para extravagarse en la política.

Entonces se vuelve al sistema estrecho de la Carta, con 262 diputados de más de cuarenta años. Gracias a una presión ministerial sin límite en las elecciones de octubre, llegan a la Asamblea 146 diputados dóciles de un total de 238. Introducida por Lainé, ministro del Interior, la nueva ley electoral, obra de los «doctrinarios» del Centro izquierda (Royer-Collard, Guizot, Barante, de Broglie, de Serre, de Rémusat), promulgada el 8 de febrero de 1817, corresponde a los deseos de sus promotores. La derecha, que, por boca de Bonald, propuso que los municipios reconstituidos formen la base de la representación, perdió una docena de escaños. Bajo control de una «bandera» de los Caballeros de la Fe, agrupada en torno al conde de Artois, de Chateaubriand, de Vitrolles, de Polignac, conserva su cohesión, pero fracasa un intento suyo de disolver la Masonería creando la sociedad disidente de

los «Francos regenerados». Así los realistas se encuentran divididos entre dos grupos hostiles, ministeriales y «ultras». Decazes se esfuerza en perjudicar a estos últimos cerca del rey y en comprometerlos por todos los medios: a propósito del motín «tricolor» del 8 de junio de 1817 en Lyon, presentado como una provocación; de una nota dirigida por Vitrolles a los Aliados, y de un pretendido complot de la Guardia, a final de junio de 1818. Consigue, gracias a sus maniobras, eliminar del gabinete al canciller Dambray (en enero de 1817), a los ministros Dubouchage de Marina (en junio de 1817), al mariscal Clarke de Guerra (el 12 de septiembre de 1817), a quienes reemplazan Pasquier, Molé y Gouvion Saint-Cyr; a apartar a Chateaubriand de su cartera de Estado, y a malquistar el rey con su hermano, el conde de Artois, al que se le quita al mando de la Guardia nacional (30 de septiembre de 1818). Los que se benefician de este paciente trabajo de zapa, desalentador para los electores realistas, son los «independientes» de izquierda, núcleo de opositores formado por la Masonería, alrededor de Casimir Périer, Dupont del Eure, el banquero Laffitte, que agruparon 25 diputados en 1817, reforzados por 20 más, entre los cuales La Fayette y Manuel, en octubre de 1818, y Benjamín Constant, en 1819. Alarmado por semejantes maniobras, Richelieu, al volver del Congreso de Aquisgrán (30 de septiembre a noviembre de 1818), intimó al Rey a que aparte a su favorito, si no él mismo dimitiría (21 de diciembre de 1818).

Y como Luis XVIII, después de grandes demostraciones llorosas, dio la preferencia a Decazes, Richelieu se retiró (26 de diciembre) dejando el puesto al general Dessolles que, de asuntos extranjeros, ignoraba todo. Decazes reemplazó a Lainé como ministro del Interior (y se le confió también la policía), el barón Luis volvió a Hacienda, Gouvion Saint-Cyr fue mantenido en Guerra y se nombró a Portal en la Marina y a de Serre en Justicia. Después de todo, en esta combinación no faltaba más que Talleyrand, pero al pensarlo bien el rey no se atrevió a llamarle. El primer gesto de Decazes consistió en revocar a dieciséis prefectos —realistas naturalmente—, lo que elevaba a cuarenta el número de los sacrificados desde la Ordenanza del 15 de septiembre. Y en depurar el Consejo de Estado y el Ejército, en el cual volvieron al servicio activo unos generales comprometidos en los Cien Días, como el general Foy. Bajo el pretexto de «nacionalizar» la monarquía, el trabajo de zapa continuaba. Después de los «ultras», le tocaba el turno al Centro derecha verse rechazado en las tinieblas exteriores. Luego se sometió a la Cámara de los Pares, gracias a una «hornada», en marzo de 1819, de 59 «ministeriales», entre los cuales unos 14 supervivientes, eliminados después de los Cien Días. Y por el voto de tres leyes de prensa, (17-26 de mayo, 7 de junio de 1818), presentadas por de Serre, pero estudiadas por Royer-Collard, Guizot, Barante y Broglie, Francia vino a ser el país más liberal de la época: en vez de censura y de autorización previa, responsabilidad de los editores, garantizada por una fianza; los procesos sometidos al jurado, salvo en el caso de difamación; abolición de las leyes y tribunales de excepción o prebostales; supresión de las detenciones «administrativas»; unas Cámaras aprendiendo el régimen parlamentario, en un clima de libertad. Y de una tranquilidad engañosa en una Europa en la cual un nuevo soplo revolucionario parecía el presagio de próximas tormentas.

Entonces las elecciones de 1819 despertaron a Decazes de su optimismo: de los 55 escaños en competición, la derecha perdió 10 y el ministerio 15, en

beneficio de la oposición izquierdista, siendo los más notables elegidos Benjamín Constant, y el gran escándalo de la Asamblea, el abad Grégoire (un casi regicida) ¡representante de Grenoble! Haciendo marcha atrás, Decazes debió aceptar la presidencia del Consejo (el 19 de noviembre) y apartar del gabinete a Dessolles, Gouvion Saint-Cyr y Luis. Iba a presentar un nuevo proyecto modificando la ley electoral (preparado por de Serre y de Broglie) cuando el asesinato del duque de Berry, ocurrido durante la noche del 13, le obligó a dimitir, porque la derecha se negaba a restablecer en sus manos la censura y las detenciones administrativas. Quizá el asesino, Louvel, actuó solo, con el deseo de destruir la raza de los Borbones en la persona del más popular de sus príncipes, pero su gesto se inscribía en la trama de una recrudescencia general de la agitación.

Frente al peligro de la izquierda liberal, se reconstituyó una derecha conservadora y tímida, que recogió, bajo la autoridad de Richelieu (el 21 de febrero), los ministros de Decazes y sus proyectos de medidas restrictivas, restableciendo para la prensa la autorización previa y la censura, además del régimen de detención administrativa por un período de tres meses, y que, para defender su posición electoral, recurrió al sistema de doble voto, creando aparte de los 258 escaños de representantes designados por los electores de 300 francos de censo agrupados en colegios de distrito, otros 172 nuevos escaños, correspondiendo a unos colegios de departamento reservados a la cuarta parte más contribuyente de los electores (29 de junio de 1820). Violentas manifestaciones acompañaron los días 3 y 5 de junio en París la discusión de estas medidas que acentuaban el privilegio de la fortuna y aislaban todavía más al gobierno real de la masa electoral. Pero en lo inmediato no sólo se consiguió el resultado que se buscaba, sino que según el gusto de Luis XVIII (que no se separó de Decazes sin pena) se le traspasó: una izquierda reducida a 80 diputados (de un total de 430), un centro gubernamental de 190, flanqueado por 160 «ultras» (entre los cuales 75 ex-miembros de la «Cámara introuvable») (4-13 de noviembre de 1820). El nacimiento del duque de Bordeaux, «el niño del milagro» (el 29 de septiembre), que convertía el crimen de Louvel en un gesto inútil, contribuyó a exaltar las convicciones monárquicas. Aunque el equilibrio de fuerzas no haya sido modificado en octubre de 1821 (con unos siete escaños perdidos en provecho de la izquierda), la derecha, descontenta porque no había obtenido en el gabinete más de tres carteras (sin responsabilidad ministerial) confiadas a Villèle, Corbières y Lainé (en octubre-noviembre de 1820), se negó a prorrogar la censura, criticó la postura tímida del gobierno en los Congresos internacionales y sacó sus tres representantes del gabinete, provocando la dimisión de Richelieu (12 de septiembre de 1821).

Abandono del programa nacional

Caído ahora bajo la influencia de Mme. du Cayla, y antes de todo deseoso de terminar su reinado en la tranquilidad, Luis XVIII acabó por aceptar la formación de un gabinete integrado por Villèle en Hacienda, Corbières en el Interior, Montmorency en Asuntos Exteriores, Bellune en Guerra, Clermont-Tonnerre en Marina. La derecha moderada accedía al poder. Pero su jefe, José de Villèle, iba a comprometer una vez más su

oportunidad, al renunciar a lo esencial de su programa político, descentralizador, corporativo y popular. Corto y canijo, con propensión a usar de astucia más que de decisión, «dependiente» de calidad, el ex-alcalde de Tolosa no tenía la talla de un hombre de Estado. Pero, mal dispuesto a soportar el prestigio de otra persona, no tardó en alejar a Chateaubriand (6 de junio de 1824). Y a levantar contra él la oposición de una derecha que desconfiaba de sus concesiones, de sus compromisos, de sus abandonos —frente a la Alta Finanza— y de su timidez —con el gabinete de Saint-James—. Hasta el punto de que, a pesar de haber sido miembro de la «bandera» de Tolosa, le miraban con recelo sus ex-colegas de los «Caballeros de la Fe».

Proteger la religión es la primera preocupación del gabinete. Se traduce por nuevas restricciones sobre la prensa (17-25 de marzo de 1822), quitando al jurado el conocimiento de los delitos, y disponiendo autorización previa para los nuevos periódicos. Viene reforzado el control del Clero sobre la enseñanza secundaria (27 de febrero de 1821), sobre la Universidad, siendo nombrado su Gran Maestre Mgr. Frayssinous (1 de junio de 1822), y sobre la enseñanza primaria (recibiendo los maestros su autorización de los obispos) (abril de 1824). Estas medidas provocarán otra ola anticlerical desencadenada por las logias. Total, un balance poco positivo si el gabinete no había capitalizado el éxito de la campaña de España, disolviendo la Cámara el 24 de diciembre de 1823. Derrotada, la izquierda perdió 81 escaños, entre los cuales los de La Fayette y de Manuel, conservando sólo 19. Entonces se volvió a proceder con esta Cámara «retrouvée» (reencontrada) con el mismo guión empleado para descartar a la Cámara «introuvable»: Villèle rechazó, por causa de sus rencores personales, a unos 70 diputados de la oposición, incluido Chateaubriand, después del fracaso de su intento de conversión de la renta (6 de junio de 1824). Así el gabinete se apartaba de buena parte de la opinión, y no contaba más que con unos periódicos de poca tirada (con 14.000 abonados: la «Gaceta de Francia», 2.300; el «Diario de París», 4.000; «La Estrella», 2.700), mientras la oposición de derechas contaba con más de 20.000 (la «Bandera Blanca», de Martainville, 1.900; el «Journal des Débats», de los hermanos Bertin, 13.000; la «Quotidienne», de Michaux, 5.800) y los liberales disponían del «Constitutionnel» (16.000), del «Correo Francés» (3.000) y del «Diario del Comercio» (2.000), o sea de 21.000.

Carlos X reacciona contra el anticlericalismo

Aunque Carlos X, sucediendo a su hermano el 16 de septiembre de 1824, inauguró su reinado con una amnistía y la abolición de la censura, heredó los rencores acumulados contra este gabinete y se le imputó todo: la jubilación de 250 generales, la indemnización a los emigrados, la tentativa de conversión de la renta, la ley reconociendo las congregaciones femeninas (por ordenanza, sin la intervención legislativa, el 24 de mayo de 1825) y la ley contra el sacrilegio (20 de abril de 1825), que desencadenó inútilmente tantos ataques contra la Congregación, que la «Orden de los Caballeros de la Fe» prefirió disolverse (al principio de 1826) y que se desautorizó la participación en la enseñanza de los jesuitas, cuyo retorno había sido permitido por Mgr. Frayssinous, a título individual (26-27 de mayo de 1826) (en reali-

dad, después de la restauración de la Orden por Pío VII el 7 de agosto de 1814, 70 y luego 148 volvieron a Francia donde no pasaban de 456 en 1828). Pero, obedeciendo a una consigna masónica, una campaña infame, alimentada por los panfletos de Montlosier y las canciones de Béranger, se desencadenaba contra la religión, tomando como blanco predilecto a los misioneros, en contra de los cuales se fomentaban alborotos. Mala querella cuando las difíciles negociaciones entabladas entre Blancas y el cardenal Consalvi con vista a anular el Concordato de 1801 para volver al de 1516 y restablecer 42 obispados (para llegar al número de 90 en vez de 50) (entre la primavera de 1816 y junio de 1817) habían fracasado, porque el rey se mostraba partidario de las libertades «galicanas» y Decazes y Pasquier se negaban a ratificar la convención del 23 de julio de 1817 y pretendían imponer al papa un contraproyecto unilateralmente estudiado. Así se mantuvo en vigor (el 23 de agosto de 1819) el Concordato de 1801 y el gobierno real se contentó con elevar el número de diócesis a 80 en octubre de 1822. Ayudó también a los obispos a mejorar el reclutamiento sacerdotal. Reducido a cerca de la mitad de sus efectivos de 1789, el Clero no contaba más que 36.000 sacerdotes, ya de edad avanzada en su mayoría, cuando se necesitaban 15.000 más para mantener el culto. Incrementando el sueldo de los curas, aumentando el presupuesto del Clero de 12 millones en 1815 a 33 en 1830, multiplicando los seminarios y doblando sus efectivos (más de 13.000 en 1830), el Estado real había cumplido con su deber, así como creando (por la ordenanza del 29 de febrero de 1816) escuelas primarias en los municipios (en 24.000 de un total de 38.000 en 1829, con una población escolar de 1.372.000 niños). Nada justificaba entonces la llamada a las armas de la Masonería, orquestada para «poner en condiciones» a la opinión, en el momento de fomentar una ola de movimientos revolucionarios.

¿Pero era un medio eficaz de combatir esta propaganda yugulando a la prensa con excesivos derechos de timbre, o considerando responsables no sólo a los gerentes, sino también a los propietarios, etc., para retirar luego, ante la oposición de los Pares, un proyecto aceptado el 12 de marzo de 1827 por la Cámara (por 233 votos contra 134) (el 17 de abril)? ¿Y era también de hábil política disolver en bloque la Guardia nacional, después de una manifestación hostil de algunos de sus elementos, durante una revista pasada por el rey el 29 de abril? ¿O de obstinarse, como lo hizo Villèle, imponiendo otra «hornada» de 76 pares y la disolución de la Cámara (el 6 de noviembre de 1827)? ¿No conducía a endurecer las dos oposiciones de derecha y de izquierda, reagrupadas por Chateaubriand en una «Sociedad de los Amigos de la Libertad de Prensa»? Marchar a un fracaso electoral los días 17 y 24 de noviembre: ¡150 a 180 «ministeriales», frente a otros tantos liberales de izquierda y de 60 a 80 opositores de derechas!

Luego, tiende la mano a los liberales

Para apartar luego a Villèle (6 de diciembre) y llamar a Martinac para atraer por su encanto a una parte del centro izquierda hacia la mayoría. El nuevo gabinete, formado el 5 de enero de 1828, reagrupaba, entre otros, en torno al elocuente Martignac en el Interior, el diplomático La Ferronnays en Asuntos Exteriores, el rico Roy (40 millones) en Hacienda, Chabrol en

Marina y el galicano Portalis jr., enemigo de los jesuitas, en Justicia. Como el reemplazo de Chabrol por Hyde de Neuville en la Marina y el nombramiento de Chateaubriand como embajador en Roma no bastó para neutralizar la oposición de derecha (Villèle, La Bourdonnays), el nuevo equipo vivió únicamente de concesiones a la izquierda: supresión de la dirección general de la Policía; libertad de control de las listas electorales, publicadas, por los comités electorales; relajamiento del régimen de prensa (abolición de la censura y mera declaración sustituyendo a la autorización previa, manteniéndose la competencia en materia de delitos a los tribunales correccionales) (abril de 1828); restricciones de los poderes del Clero sobre la enseñanza (con un ministerio separado del de Asuntos eclesiásticos; la disminución del control sobre la enseñanza primaria, el 21 de abril de 1828; ordenanzas del 6 de junio de 1828, sometiendo al control de la Universidad las 54 escuelas que, al contrario de las otras 126, escapaban a su autoridad; prohibición de recibir en los seminarios, limitados a 20.000 alumnos, elementos libres; exclusión del profesorado de los miembros de congregaciones no autorizadas). Para calmar las protestas de los obispos, hizo falta recurrir a la complacencia del papa León XII (15 de noviembre). ¿Acaso esperaban conciliarse la Masonería entregándole a unos jesuitas para crujírselos? Pero al descontestar a la derecha sin satisfacer a la izquierda, sólo consiguieron aislarse más.

El fracaso pareció completo, cuando el gabinete volvió a una reforma tímida de la administración local, preparada por de Serre y Barante en 1819 (elección de los consejeros sobre la base de un elector por 500 vecinos en los municipios y de uno por 1.000 en los departamentos; los alcaldes, los subprefectos y los prefectos continuaron siendo nombrados como en tiempos del Imperio). Pero ya era demasiado tarde para aplicar la fórmula tradicional de Veuillot: «el rey, protector de las Repúblicas francesas», y sobre todo para hacerlo en una forma tan tímida, en favor de una minoría de notables, unos 40.000, ni la mitad del «país legal», los 90.000 que participaban en la elección de los diputados. Después de decidir la Cámara anteponer el debate sobre las Asambleas departamentales y suprimir los Consejos de distrito (arrondissement) (el 8 de abril), Martignac retiró su proyecto. Por haberse encerrado en un estrecho conservadurismo en beneficio de los «nantis» (enriquecidos) y por haber faltado a su misión tradicional, vacilando en reanimar instituciones locales y sociales imprescindibles, la monarquía restaurada fracasó.

Ausencia de realizaciones sociales

Por haber ido tirando según la «Carta», al modo de la oligarquía británica, su balance social resultaba tan negativo como el del Imperio. Prevalecía todavía el «liberalismo» de la ley Le Chapelier del 17 de junio de 1791, aislando a los productores y considerando el trabajo como una mercancía. Lo que la Revolución destruyó, el Imperio no se atrevió a reedificarlo. En materia de «coaliciones», de «cese de trabajo», de «alquiler de mano de obra» o de «alquiler de obra», el Código civil había mantenido las disposiciones de los decretos de los días 19-20 y 22 de julio de 1791. Legislación con sentido único, en la cual, como se aceptaba la palabra del patrono, le pertenecía siempre al empleado dar prueba de sus aserciones. «Se han per-

dido las buenas tradiciones», declaró sin embargo el Emperador, hablando de las corporaciones. Pero los votos emitidos por los Consejos generales en el año X, en favor de una vuelta a una reglamentación de los gremios, no fueron tomados en consideración por la ley de 22 de germinal año XI sobre la reglamentación del trabajo. Le cerraron el camino la mayoría de los juristas del Consejo de Estado y el ministro Chaptal, fieles todavía al dogma liberal. No tuvo más éxito Montalivet, ministro del Interior, cuando propuso, el 22 de marzo de 1811, volver al régimen anterior a Turgot; quedó en olvido su proyecto. Al lado de las Bolsas de Comercio, reabiertas el 18 de «ventôse» del año XI, y de las Cámaras de Comercio, organizadas el 24 de diciembre de 1802 (existían 23 en 1812), sólo se toleraba a las Sociedades de Ayuda Mutual (100 en 1812, en vez de 45 en 1799) y unas 30 cofradías mal definidas. Durante este período, los salarios oscilaban para una jornada de trabajo de doce horas entre 3 y 3,50 francos en París y alrededor de 2,50 en provincias.

Entonces en esta materia todo quedaba «por restaurar». Pero como en el gobierno nadie se preocupaba de esto, las iniciativas individuales chocaban con la mala voluntad de los «nantis». Una petición del abogado Lavacher-Duplessis, avalada por 2.000 firmas (el 16 de septiembre de 1817), en favor de una vuelta al sistema corporativo, fue limpiamente enterrada por la Cámara de Comercio de París y el Consejo Superior de Industria. En sus «Nuevos principios de Economía política» (1819), Sismondi llamó en vano la atención sobre los inconvenientes de una libertad total, sobre el peligro de aumentar la producción sin preocuparse de una mejor distribución, sobre el papel destructor de las teorías revolucionarias, y sobre la necesidad de reincorporar dentro de la sociedad todos sus elementos, sin distinción alguna de clase. Al fin del reinado de Carlos X, un prefecto, Villeneuve-Bargement, «elaboró los principios de una nueva política social cristiana, basándose en una amplia encuesta sobre la situación resultante del desarrollo de la gran industria». En los departamentos de la Loire inferior y sobre todo en el Norte, como en el alto Rin, presenciaba el empeoramiento de la clase obrera, con salarios disminuidos en el 22 % entre 1800 y 1830, mientras el coste de la vida se había incrementado en el 60 %. En el Norte, de un total de 224.000 obreros, 163.000 tenían que ser asistidos por las oficinas de Beneficencia. Desde 1820, la mano de obra industrial se pagaba entre 1,50 y 3 francos al día para los hombres, entre 0,50 y 1,25 para las mujeres, mientras los obreros campesinos, los artesanos, condenados a desaparecer pronto, veían reducido de 2,25 a 1,50 su salario diario. Sólo en las ciudades los artesanos conseguían defenderse. Cerca de 100.000 de ellos quedaban agrupados en sus cofradías. Sus sociedades de ayuda mutual se organizaban y se multiplicaban: 160 en París en 1823, 34 en Marsella en 1821, 1.113 en Lille en 1830. Católico y realista, Pierre Charnier reunió a los tejedores de seda de Lyon en una «Sociedad del Deber mutual», dedicada no sólo a la ayuda y a la previsión, sino también a la defensa de los salarios. Sin embargo, son pocas las «corporaciones» que consiguieron constituirse de nuevo: panaderos, farmacéuticos y salchicheros, por ejemplo (que recibieron estatutos en 1818), abogados, cuya Orden eligió otra vez a su decano (el 20 de noviembre de 1822), carniceros (el 18 de octubre de 1829).